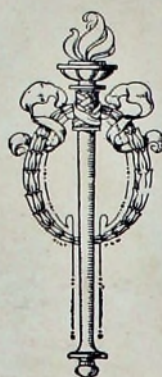




Doña Clara Zabala

En la noble hermana del ilustre fundador de Montevideo Don Bruno Mauricio Zabala, se encarna las primeras y más altas manifestaciones de sociabilidad en los albores del Virreynato en el Río de la Plata. — Doña Clara Zabala fué la personificación de la cultura y de la hidalguía hispanas en una época de formación, algo caótica y ruda. — Fué a ella que se debieron las primeras manifestaciones de sociabilidad en Montevideo y a la bondad ejemplar de su alma, se deben

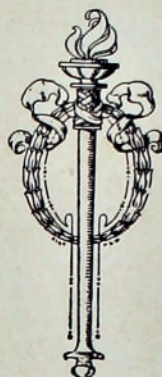
electa



NUEVA SIRENA

Casa fundada en el año 1858

Carlos Pfeiff & Cia.



Sacos de punto de lana,
con chambergo o gorra del mismo punto,

Para playa.



Ultima novedad

CONFECCIONES
Artículos en general

Visitar esta acreditadísima casa es vestir
:: con verdadero chic, alta elegancia. ::

ARTÍCULOS DE HOMBRE
EN INMENSO SURTIDO

Calle Sarandí, Bartolomé Mitre, 1326
y Bacacay, 1325

Casa de Compras en París, Cité de Hauteville, 378

AÑO I — NÚM. 10

MONTEVIDEO, FEBRERO DE 1918

OFICINAS: CIUDADELA, 1387.

Bonito Selecta

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZON



En el Prado

Fotografía artística
del Dr. Miguel A. Paez Formoso.

☉ Fénix ☉

“SELECTA” rinde al venerable periodista don Dermidio De-Maria, todos sus más respetuosos y admirativos homenajes.

Ya la prensa toda y el país, después de haberse ante el anciano el más elocuente y glorificador sentimiento de admiración y cariño, y para nosotros es harto amable la ocasión que ahora se nos brinda para volvernos a adherir a esas unánimes manifestaciones de afecto, desde que el ilustre periodista nos ha honrado con un valiosísimo (como todos los suyos) trabajo, que es un bello recuerdo-tradición, traído hasta nosotros hoy por una pluma galana y expresiva.

De cuando en cuando, en el volutar de las actividades humanas, suelen surgir hombres-símbolos. Tal este incansable luchador, que en muchísimos años de una labor continua, sin interrupción alguna, ha ido aureolándose con todos los prestigios de su entereza, de su civismo, de su ilustración amplísima.

Don Dermidio De-Maria es el hombre-periodista por excelencia, símbolo de una profesión que si bien tiene una exteriorización brillante, es muchas veces cruel, otras ingrata, y las más fatigante y extenuadora. La labor sin descanso, la obligatoriedad diaria de dar al lector una nota que le interese, esa fatiga de arrancar al cerebro una chispa de ingenio, de ciencia, de experiencia o de arte, es algo tan doloroso, que no lo imagina quien no lo ha experimentado sufriendolo.

Y luego, después de tantas luchas, después de tanto esfuerzo, cuando se han puesto a contribución, conocimientos, voluntad e inteligencia, la obra realizada tiene una vida efímera, vida transitoria, como la brillazón de un aerolito. Y vuelta a empezar, vuelta a hundirse en la sombra el esfuerzo. El símbolo de Sísifo nunca puede aplicarse mejor que al periodista...

Don Dermidio De-Maria, el ilustre “Dr. Fénix”, ha erigido una sólida, una magestuosa reputación con esa labor tan fatigante del periodismo. Y hoy no es sólo una personalidad uruguaya, si que también sudamericana.



D. Dermidio De-Maria (Fénix)

LA alianza de 1851 contra Rosas tuvo una consagración social en la ciudad de Gualeguaychú, la que desde 1847, era simpático refugio de los orientales que abandonaban la patria empujados por el estado permanente de guerra, tras de cuya obscuridad se percibían débiles destellos de extraordinarios acontecimientos políticos. El espíritu hospitalario ejercía atracción irresistible, y allá trasladaron sus petates millares de compatriotas nuestros, llevando su ilustración los unos, sus actividades en la industria y el comercio los otros, y todos la firme voluntad de corresponder con sus esfuerzos progresistas a la acogida que se les dispensaba. Bajo ese plácido ambiente, en el que se confundían todas las nacionalidades y todas las individuales posiciones, unificadas en los propósitos de la triple alianza, se efectuó a mediados de aquel año, en el teatro de Gualeguaychú, que para ello había sido lujosamente engalanado, un baile brillantísimo cuyo atractivo culminante lo constituía la bizarra figura del general Urquiza, circundada de altas personalidades argentinas, brasileras y orienta-

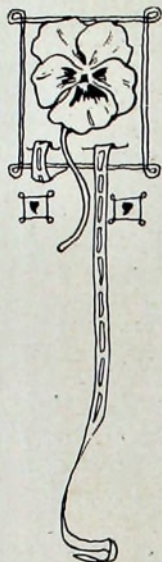
Contradanza memorable

les, las cuales así ponían un sello de confraternidad diplomática y militar al programa del pronunciamiento que en Mayo de 1851 condensó los patrióticos anhelos de tres naciones. La vasta sala, profusamente iluminada por candelabros y arañas, luciendo en el testero guirnalda de flores y trofeos con los colores aliados, artísticamente elaborados por el pintor escenógrafo Murature, contenía un número crecidísimo de damas y caballeros, tan galantes éstos, como atrayentes aquéllas por su belleza y distinción; y en medio de ese conjunto, realzado por los fulgores de los galones y las condecoraciones, se destacaba el general don Eugenio Garzón, agigantada su talla por el recuerdo de Ituzaingó, y cuyo marcial aspecto, suavizado por la influencia de esmerada educación, lo singularizaban una larga barba aristocrática y las líneas severas del uniforme que en el pecho ostentaba

negros alamares de seda, a manera de escuadrones escalonados, en actitud guerrera. En tales circunstancias, agitándose aquel mundo impaciente a la espera de la primera contradanza, que era de riguroso protocolo, ocupan sus puestos los que debían ejecutarla. La orquesta emite los graves y acompasados acentos de aquel baile tradicional, tan majestuoso y tan adecuado a las expresiones de la gracia sin amaneramiento y de la cortesía sin afectación. Fué el momento supremo de la fiesta aquel en que el general Urquiza inició el movimiento general, dibujándose en su rostro la satisfacción que inundaba su alma. Imitáronle simultáneamente las demás parejas, hasta cumplirse las diversas figuras de la danza, cuyos encantos y cuyos gémenes de nuevas vinculaciones entre pueblos y gobiernos, amigos y vecinos, ratificaban los compromisos de la diplomacia y los juramentos varoniles de los ciudadanos que habían ofrecido su sangre en aras de altísimos ideales trazados por la civilización.

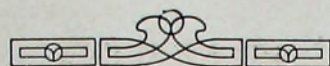
D. DE-MARÍA,
(Fénix)

Montevideo, Febrero 5 de 1918.



*Doña Amalia Castellanos
de Carvalho*

Hija del ciudadano ilustre, Doctor Florentino Castellanos, y de la distinguida matrona Doña Valentina Illa, heredó de sus mayores, inapreciable caudal de virtud y de honorabilidad. Bondadosa, culta, dada a su hogar con todas las abnegaciones de una espartana, la rodea hoy la consideración y el respeto de la sociedad. — Llevada de sus sentimientos piadosos, la señora Castellanos de Carvalho integra varias comisiones de beneficencia, donde su actividad no conoce el cansancio.

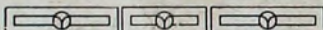


EL culto caballero con cuya fotografía engalanamos esta página, es uno de los diplomáticos más jóvenes de Sud-América. Espíritu sagaz y activo ha sido desde su más tierna juventud un luchador incansable. Su preparación lo ha llevado a desempeñar en su país los puestos más representativos a que se puede aspirar con los pocos años que cuenta.

Es un diplomático de carrera, pues en medio de las representaciones que su país le ha confiado en el extranjero, ha intervenido activamente en las luchas políticas de su patria y ocupado puestos tan elevados como el de Prefecto Gobernador de Oruro, la provincia más rica de Bolivia. Sin embargo, sus primeros años los ha dedicado a llevar por el extranjero el nombre de su país haciéndolo conocer honrosamente desde los puestos, tales como la Dirección Diplomática del Ministerio de Relaciones Exteriores, Secretario de Legación en Londres, Encargado de Negocios en Chile, España, Japón y otros países, hasta que un merecido ascenso lo ha llevado al rango de su actual investidura. Pero, téngase en cuenta que al ser nombrado Ministro se le ha confiado quizá la Legación que más importancia tiene para Bolivia, la del Pa-



Excmo. Señor
Ministro de Bolivia
ante los gobiernos
del Uruguay y Paraguay,
Don Eduardo Diez de Medina.



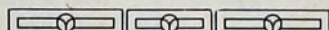
raguay, donde Bolivia tiene graves problemas que solucionar desde hace más de 25 años, como son sus límites con dicho país y de cuya solución dependerá el destino del Chaco Boreal. Bolivia desde esa época ha enviado a su Legación en Asunción sólo hombres de indiscutible valer político y diplomático, y Diez de Medina va a sustituir a esos eminentes políticos que se llamaron Baptista, Quijano, Cano, Arce, etc.

Las múltiples ocupaciones del político y diplomático, no le han impedido merecidos laureles en el campo de las letras, basta decir que ha escrito catorce folletos, literarios, políticos y didácticos.

En 1906, y en París, cúpole el honor de organizar la publicación de "Derecho internacional moderno", de su señor padre, don Federico Diez de Medina, uno de los primeros internacionalistas sudamericanos.

La simpática personalidad boliviana de que nos ocupamos comparte los triunfos y la actividad de su existencia con su gentil esposa, la señora Guachalla, hija del ex Presidente de Bolivia del mismo apellido.

Debido a la gentileza del señor Diez de Medina, hoy nuestras columnas transcriben una hermosa colaboración del eminente diplomático y poeta.



Ojos dormidos y huraños
que en alba tez centellean
añorando los secretos
de nostálgicas tristezas;
ojos que tienen el brillo
de las ondas que se encrespan,
y ejercen la seductora
fascinación de las perlas;
divinos ojos! en ellos
quién naufrago ser pudiera
para robarles, perenne,
la irradiación de sus gemas!

Ojos que nunca mintieron
si se les miró de cerca,
como engañar no podrían
si a la distancia destellan;
que si de lejos seducen,
cuando se aproximan queman,
y si dañan cuando miran
cuando no ven desesperan;
divinos ojos! junto a ellos
mariposa ser quisiera,
para calcinar mis alas
al fulgor de dos estrellas!

Ojos que dicen recuerdos
de fantásticas quimeras,
y al contemplarlos inspiran
en cada estrofa un poema;
que seducen cuando miran
y atraen cuando se cierran
porque les ponen su broche
los besos de las estrellas;
divinos ojos! ante ellos
remanso ser quién pudiera,
para copiar junto al iris
el verde-mar en que sueñan!

Ojos claros, de luz pálida,
cristales de onda magnética
que nos producen el vértigo
de su letal somnolencia;
son lagos donde el absinthio
vertió raudal de quimeras,
y sedientos los espíritus
en sus cálices abrevan;
divinos ojos! alumbran
como el sol de una diadema,
y al verlos las esmeraldas
palidecen y se amenguan!

Poema Glauco

(A unos ojos verdes)

Para "Selecta"

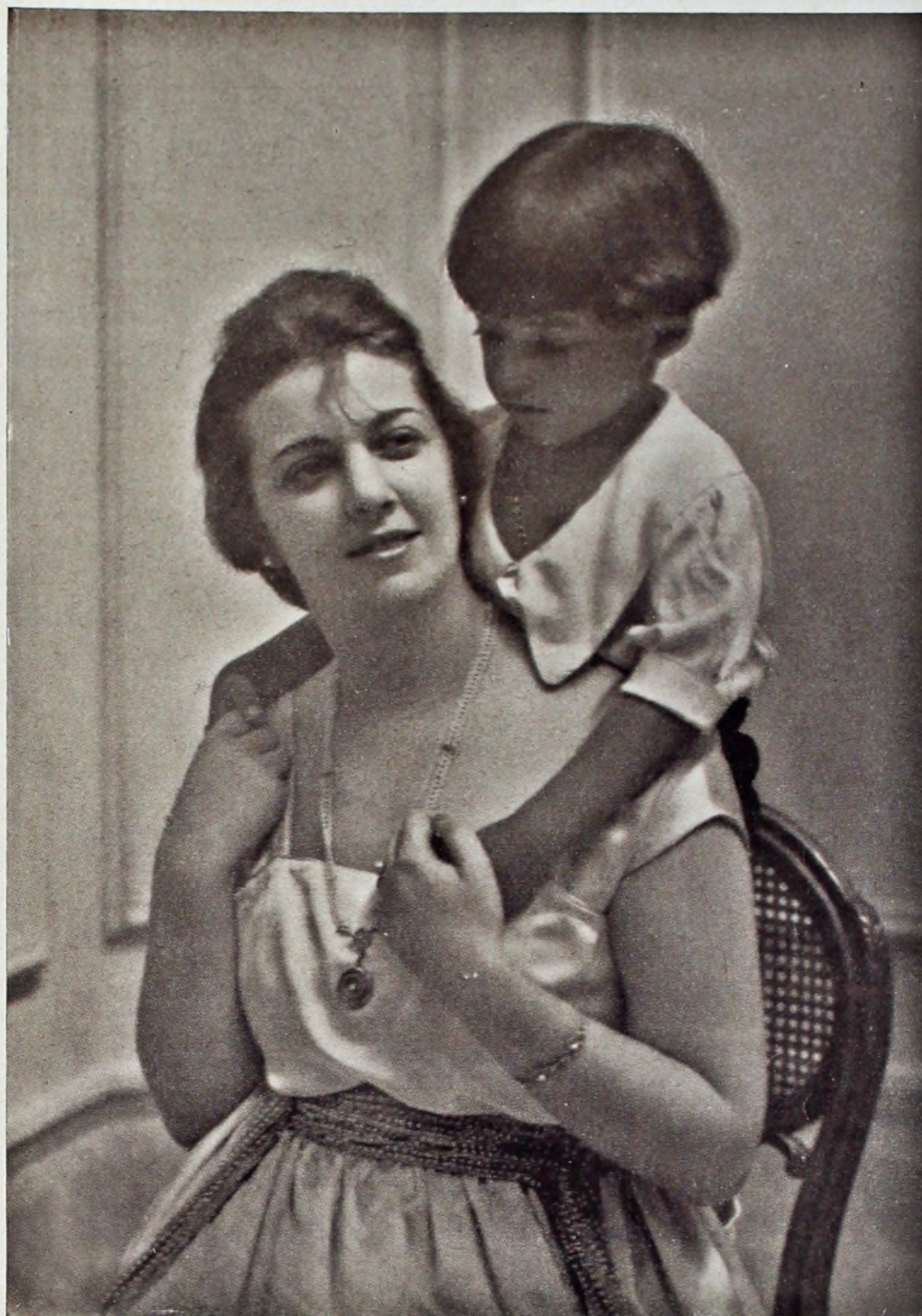


Ojos diáfanos que tienen
del cristal la transparencia,
la suavidad de los pétalos
y el fondo mar de las selvas;
que acarician y sonríen
cuando sus pestañas pliegan,
y así dormidos se embriagan
en aromas de alhucemas;
divinos ojos! presumo
que al veros soñar, os dejan
entre plumones de cisne
su miel hiblea las abejas!

Ojos verdes, ojos glaucos
que en mar misterioso ondean
y en cuyas linfas florecen
la ilusión y las anémonas;
miradme! que en esos ojos
donde la luz cabrillea,
toda esperanza renace,
reviven las hojas secas,
esparcen suaves fragancias
los amores que se alejan...
y al fulgor de esa mirada,
la Vida es luz y es poema!!

Montevideo, 1918.

E. Diez de Medina.



*Srta. Magdalena Marexiano
de Estrázulas y su hijo*

Cuadro delicioso de belleza y maternidad. Una dama distinguidísima para quien los Hados fueron pródigos en dones de hermosura, distinción y bondad; y un niño encantador, que será mañana fiel depositario de la tradición nobilísima de un hogar respetable. La joven señora Magdalena Marexiano de Estrázulas, es una de las más brillantes realidades de nuestro mundo social, y en los salones su silueta gentil se destaca siempre y atrae todos los homenajes y respetos.



La calle de los Suspiros, una de las más características de la Colonia

EL distinguido amateur al arte fotográfico, acaballero doctor Miguel A. Paez Formoso, nos envía gentilmente unas hermosas fotografías en las que aparecen detalles interesantísimos de la secular ciudad Colonia del Sacramento, verdadera reliquia histórica, que el abandono de la Municipalidad y los años, van reduciendo poco a poco a escombros.

Hace algún tiempo, un colaborador de esta revista visitó la ciudad colonial y en aquel entonces escribió estas líneas que acompañan muy bien a las hermosas fotografías:

“Naturalmente, lo primero que siento deseos de contemplar es la ciudad histórica, la antiquísima ciudad cuyo “esqueleto” permanece aun en pie, desafiando a los siglos con su solidez de piedra. Construida sobre la margen del río, y abarcando una regular extensión está la gloriosa ciudad, víctima en tiempos casi remotos ya de las ambiciones de los colonizadores. Entré en ella por una calle cuyo nombre es una ridiculez en aquel sitio: se llama calle Washington. Estrecha, de casas bajas, cubiertas éstas de tejas españolas, redondas y carcomidas por el tiempo, con puertas pequeñas que dan acceso a patios amplios recubiertos algunos de piedra y ladrillos. La callejuela tuerce a derecha e izquierda, y va a terminar en la costa. En toda su extensión las casas, muy semejantes entre sí, forman un conjunto sumamente curioso. Doy algunas vueltas y observo en algunos patios parrales, en algunas ventanas macetas con claveles, cuyas flores rojas y blancas estallan de frescura y perfume. Y entonces, dejando correr libremente a “la loca de la casa”, no me acuerdo ya de las mujeres que con curiosidad me miran, paradas en los umbrales de las puertas, ni de los chiquillos que con no menos curiosidad me observan a buena distancia, e invoco a los años pasados, a los lejanos tiempos en que sobre aquellas callejuelas tortuosas paseaban misteriosos los soldados iberos y las “criollas” con ojos y bocas de españolas, frescas como los claveles que tenía ante mí. Aquella era la ciudad disputada entre portugueses y españoles con tenacidad de amantes apasionados, teatro de heroicidades sin cuento y de victorias y derrotas continuas; era la misma Colonia del Sacramento, fundada hace siglos, destruida tres veces y otras tantas reedificada. Su existencia dañaba a los conquistadores portugueses, por

La Colonia del Sacramento

y desinteresado: el cariño al pedazo de tela que flameaba sobre las ciudadelas, consagrado como símbolo de la patria...

Ceballos la destruyó por última vez, y sobre sus escombros todavía una vez más, volvió a surgir, tímida al principio, y como asustada de tantas calamidades, triunfante, poco a poco, hasta llegar de nuevo a producir la desesperación de los espa-

menda. Actualmente — siglos después de aquellas épocas semibárbaras — la ciudad más joven ha vencido por completo a la ciudad más vieja. Mientras la Colonia progresa de una manera lenta, Montevideo, capital de la República, triunfa y se engrandece, y como rival rencorosa, relega a la Colonia a un intencionado olvido...

En la tarde que visité la reliquia histórica me sorprendió, recorriendo sus tortuosas callejas, el crepúsculo. Fué una tarde espléndida, de sol brillante, que se fué amortiguando con cambiantes de color hermosísimas hasta quedar convertido en un disco de fuego: un verdadero globo de hierro en fundición. ¡Cuántas cosas viejas evoqué en aquella hora! Las casuchas — actualmente gran parte de ellas verdaderas guaridas — tomaban aspecto más nuevo, parecían animarse al influjo de un soplo de vida que venía de lejanas épocas, las murallas de las fortificaciones volvían a levantarse inexpugnables, y los restos casi ignorados de las iglesias se amontonaban, se elevaban y volvían a formar los templos donde se meditó siempre mucho más sobre problemas políticos que sobre asuntos religiosos.

Pero la visión duró pocos instantes, la histórica ciudad tal como hoy está, abandonada y ruinosa, apareció de nuevo, y entonces tuve un pensamiento de reproche para los gobiernos o las municipalidades, que no se preocupan en lo más mínimo de conservar esos restos de una ciudad que por su vejez debe mirarse con respeto y con curiosidad. Hay allí “cosas” de siglos anteriores, cosas que han servido para formar y dar vida a este país. Que se preocupe Montevideo de conservar los restos de su vieja rival, y la paz vendrá a sellarse así, después del tremendo enojo de hace trescientos años”...



Un patio colonial. Ejemplo pintoresco, hermosísimo de las construcciones de hace dos siglos.



Otra calle de la Colonia del Sacramento. Tiene esta fotografía las admirables características de un cuadro. ¡Que fuerza de evocación!

consiguiente fué ella la tea que encendió los cañones de los dos colonizadores. ¡Y qué sangrientas fueron aquellas luchas! Se disputaban en ellas muchos intereses, muchas ambiciones, y quizás también, sobre todos esos sentimientos extraños y mezquinos flotara el más simpático

ñoles. Decididamente la ciudad de 1680 no podía desaparecer y los iberos resolvieron entonces, construir una adversaria que pudiera alcanzar a vencerla, y bajo la dirección de Zabala se fundó Montevideo en 1726. Desde entonces se inició entre las dos ciudades una rivalidad tre-

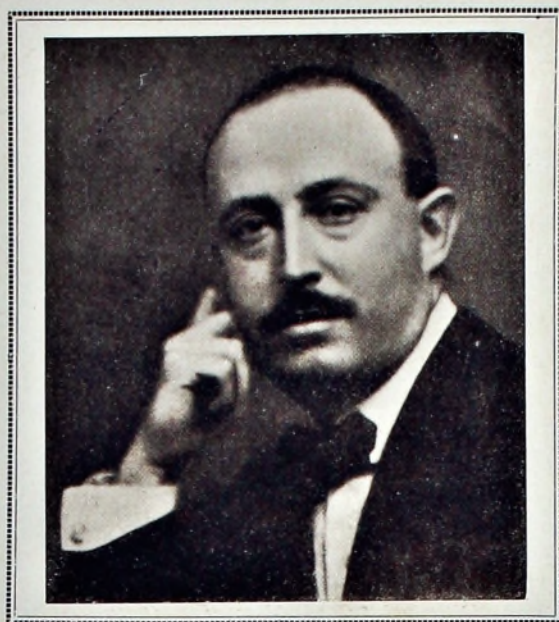


El romanticismo de la época. Una ventana muy a propósito para “pelar la pava” ¡Cuántos idillos a través de esos hierros!



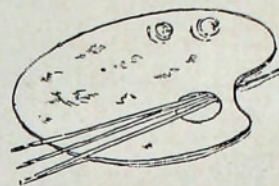
Srta. Luz Stewart Vargas

El pintor español Mariano Felez



MARIANO FELEZ

Una próxima gran Exposición



NO es un desconocido para nosotros. ¡De ninguna manera! El pintor español Mariano Felez está desde hace algún tiempo incorporado a nuestro ambiente artístico y sus exposiciones han sido verdaderos acontecimientos, interesando

los que trabajan de firme y producen con valentía, con exacta convicción artística, con alma y vida en fin, que al arte hay que darse por entero si se desea triunfar y hacer obra perdurable.

Entre la brillante pléyade de pintores españoles contemporáneos, que tan alto mantienen el nombre de la madre patria en el concepto universal de cultura, Felez se destaca con vigorosidad muy propia y muy firme. Es su escuela enérgica y libre de influencias caprichosas e inconsistentes, la que impone su paleta y le proporciona los envidiables éxitos que registra ya en gloriosa multiplicación.

En exposiciones realizadas en Madrid, con el concurso de las principales firmas españolas, Felez ha sido premiado cuatro veces. Triunfos indiscutibles, sin vacilaciones, de esos que son como pedestales de estatuas.

En los torneos pictóricos efectuados en Londres, en París, en Viena, en Buenos Aires y en Río Janeiro, Felez ha triunfado asimismo, y han sido triunfos de consagración universal.

En galerías famosas pertenecientes a potentados europeos y americanos, figuran cuadros de este distinguido artista. Y su firma se cotiza alto y nada más justo, puesto que Felez ocupa uno de los primeros puestos.

Hace cuatro años Felez expuso por primera vez en Montevideo. Fué un suceso en toda la extensión de la palabra, un suceso que llevó a todo nuestro gran mundo a desfilar ante las telas expuestas, provocando ellas la admiración y por ende el comentario elogioso. En aquella oportunidad el Gobierno le adquirió para el Museo de Bellas Artes el cuadro titulado: "La calle de Palafox", una bellísima tela donde la maestría en el dibujo y la exactitud del color, se aunan con esa fuerza de expresión que es lo que síndica a una obra de arte, la destaca y la impone al concepto del público. Basta contemplar la reproducción que de ese cuadro ofrecemos para comprender lo que antes afirmamos.

Profunda melancolía, en un atardecer solemne y en el símbolo de los ancianos ante la inmensidad del campo, tiene el cuadro titulado "Paisaje de Kirchberg". El ocaso del sol y el ocaso de dos vidas. Hay una fuerza de sugestividad enorme en esta tela.

El "Interior" es otro de los cuadros más

hermosos de Felez, que conocemos aquí. Hay en él una serie de dificultades técnicas vencidas con maestría...

Después de una ausencia relativamente larga, Felez realizará en nuestra capital una nueva exposición.



"Calle de Palafox",
existente en nuestro Museo de Bellas Artes

hondamente a la crítica y despertando en el público simpatía y verdadera admiración. Es que Felez es de los buenos. Es de



"Paisaje de Kirchberg"
premiado en el Salón de Madrid de 1913



"Interior"
una de las más bellas telas de Felez

Exhibirá cincuenta y seis telas en el acreditadísimo salón de Moretti - Catelli y desde ya nos preparamos a un nuevo acontecimiento artístico. Por de pronto grato nos es anunciarlo.



"Nimphenburg"
propiedad de S. A. R. la Infanta Paz de Borbon

El cantor de la miseria



EN la traza, uno de tantos juglares callejeros, truhanes, desvergonzados, era el poeta avasallador de la multitud; de la multitud miserable, sufridora de todos los dolores, sin sentido del propio sufrimiento.

Desde el amanecer, errante por la ciudad, atravesaba las calles principales, donde la nobleza, el poderío, el tráfico, mostrábanse insolentes, sin pararse a cantar una vez sola; pero al pasar lento, contemplador melancólico del expansivo bullicio, recogía en el alma indignación y tristeza.

En las calles apartadas del centro, de tenebrosas viviendas amontonadas, respiraderos pestilentes de sus moradores miserables, cantaba el juglar rodeado de pobre gente, ignorante, haraposa, hambrienta; cantaba con ira santa de poeta unas veces, otras abatido, desconsolado; Cristo humano sin divinidad de Redentor; otras veces estrofas, sin sentido, pero resplandecientes de armonía; letanías de amor que penetraban el alma como un aroma de todos los amores, y en cuantos le escuchaban, rodeándole apretados, devoradores de las palabras, los rostros cerrados con dura expresión de triste ignorancia, se esclarecían como iluminados de súbito por interior aurora, y para siempre, unidos por la divina poesía, quedaban grabadas en su frente las santas palabras... justicia, piedad, esperanza.

Jamás cantó de otros amores el poeta "Cantor de la Misericordia", como le llamaban todos. Dama Misericordia era su dama, y nunca tuvo más fiel amador.

La hija del Rey era muy aficionada a la poesía, y aunque cien poetas cortesanos halagaban de continuo su vanidad de hermosa y de princesa, deseaba escuchar al poeta callejero de libre espíritu, al que satirizaba las costumbres cortesanas, al que amenazaba con ruinas y muertes a los poderosos, al que no se humillaba a la hermosura, ni al poder, ni a la riqueza; al enamorado "Cantor de la Misericordia".

Le oyó por fin y lloró al oírlo, y estaba tan hermosa llorando tristemente tristezas que nunca había sentido, que el poeta "Cantor de la Misericordia" por vez primera cantó la hermosura de una mujer. Afirmaba la princesa que poeta alguno le había emocionado tan dulcemente, y afirmaba el poeta que nadie como la hermosa princesa había comprendido sus canciones.

—¡Mal hice en escuchar a tanto poeta cortesano! ¿Qué podían decirme sino mentiras lisonjeras? Desde hoy tú serás mi poeta preferido.

—¡Mal hice en cantar mis canciones a los miserables! ¿No es mejor conmover piadosamente a los poderosos, que despertar amenazadores a los humildes? Desde hoy sólo cantaré para vos.

Y de este modo quedó el poeta al servicio de la hija del Rey. Con sus colores y bordadas las armas al pecho, sobre el corazón, le veían cabalgar al servicio de la carroza regia; los miserables habían perdido a su poeta para siempre, y desde entonces, si algún nuevo juglar venía a decirles: "Oídme, yo soy otro Cantor de la Misericordia", pasaban de largo, desconfiados, tristes, incrédulos...

¡Bah! "Cantor de la Misericordia", hasta que las princesas quieran oírte.

J. Benavente.

Distinguidos veraneantes argentinos



Madame Cahen, señorita Esther Viale del Carril y el Doctor Eduardo O' Farrell.



Señora Jovita Gómez Pombo de Oyuela y Señoritas: Enriqueta de Urquiza, Justa, Haydée y María Cristina Campos Urquiza.



Señoritas: Elina Gándara, Clara Sarmiento Laspiur, Sarita Gándara, Carmen Breuer Moreno, Lyly Viale del Carril y el Secretario de la Legación del Perú Sr. Alfredo González Prada.

¡La Técnica!

¿Qué instrumentación! ¿Qué técnica! Lector. ¿No has visto esto mil veces al salir de un concierto o de una ópera? Es el eterno recurso del autor que complica sus composiciones para *epatar* al auditorio y mete instrumentos por batallones para que la orquesta suene mucho. Y, ¡claro!, el auditorio, si no complacido, porque aquello no le ha gustado, sale al menos *eputado* de ver tantas dificultades vencidas y de ver aquella masa sonora, imponente como una Catapulta que se le viene encima, y repite con convicción resignada: ¿Qué instrumentación! ¿Qué técnica!

¡Naranjas de la china! Ni la complicación ha sido casi nunca técnica, ni la instrumentación ha sido jamás la maza de traga. La prueba de ello es, que cualquier compositor recién salido de sus estudios y para probar lo *sabio* que es pone en su primera obra todo cuanto le han enseñado y un poquito más. Esta obra debe ser un prodigio de técnica. Pues este mismo compositor pasados algunos años va simplificando sus composiciones, en una palabra, procediendo por eliminación, de lo cual debería deducirse que este compositor va abandonando la técnica. En manera alguna, pues, en todo caso, habría dado una muestra de inteligencia quitando toda complicación inútil.

Recuerdas, lector, el tema del final de la novena sinfonía? Aquella melodía de grandeza infinita, que se desarrolla en un espacio de cinco notas durante tantos compases, es un verdadero alarde de técnica. ¿Recuerdas también el final de la sonata para violín de César Franck? Aquel canon perpetuo, que parece hecho al correr de la pluma, y de una emoción intensa, es otro alarde de técnica. La modulación o paso de un tono a otro hecho con tal naturalidad que el auditorio sienta la frescura de un nuevo ambiente, eso es técnica. El equilibrio de una composición larga, que se sostiene siempre sin ningún esfuerzo, sin *caerse* nunca, eso es también técnica. Lo que no es ni puede serlo jamás, es la complicación de un contrapunto averiado, que tapa defectos mayores y solo bueno para desarrugar la faz de un profesor de cartón.

Ni puede serlo tampoco las infantiles imitaciones, que tan baratas se venden en los tratados de composición, ni mucho menos la tradicional fuga añeja que viene a coronar el fin de una obra como apoteosis de epopeya pedante. No, el auditorio no debe dejarse engañar, ni deslumbrarse con estos productos científicos del compositor que, queriendo remontarse a Beethoven, se queda en Eslava (don Hilarión, naturalmente).

El auditorio no debe tener más guía que su propia emoción (el que la tenga) al escuchar una obra musical, sin preocuparse de la técnica, en la seguridad de que si la composición es buena, esta señora, que es muy discreta, estará velada allí en el fondo, dirigiendo todos los efectos pero sin que se le vea, porque gusta poco de lucir oropeles.

Otro tanto podría decirse de la instrumentación de los platillos, trombones, y trompetas, pero me he detenido demasiado en el párrafo anterior, y como sería asunto largo y sabroso, lo dejaremos para otro día, lector.

Joaquín Turina.

Cursilería

Los apóstoles de la postura

EL idioma académico, de suyo pobre y mezquino para calificar las distintas expresiones del vulgo, rebelde a la adusta disciplina del clasicismo, véase desafiado por el carácter local y la popular idiosincrasia, más aficionada a bautizar ella misma sus diversos hábitos, tipos y costumbres, que a aplicar a éstos las añejas definiciones, que cuando no son miserables e insuficientes, duermen en los diccionarios el sueño del olvido, de puro abandonadas y enmohecidas. Y, como que la culta Academia de la Lengua, se empeña con una obcecación que raya en testarudez, en cerrar las puertas a toda innovación del lenguaje, claro está que casi todos los vocablos resultan injertos y modismos, y que de seguir así, habremos de expresarnos en verso, para hablar con propiedad y corrección, porque nuestra conversación corriente, está plagada de neologismos, barbarismos y otros pecados por el estilo.

Pero en fin: dejemos esta disquisición que bien pudiera dar lugar a un meditado estudio y vayamos a otro comentario que hoy es la psicología de los tipos que el lenguaje popular llama "compadre", "guiso", "guarango", etc., queriendo significar a los que forman una mezcla compleja de lo que el léxico apellida cursi, ridículo, impertinente, fatuo, incivil, farolero, etc.

Para definir al "compadre" con arreglo a la acepción que entre nosotros tiene la palabra y no al significado oficial que le atribuye la relación entre el padrino y los padres de la criatura en la ceremonia bautismal, — para definirlo, decimos, ha menester caracterizarlo, como sucede con más de una pasión que hace presa de nos y cuya determinación está, no en lo que en realidad es, sino en los efectos que nos causa, o en la tal o cual manera de impresionar los sentidos.

El "compadre", es el tipo más fastidiosamente general de estas sociedades. En todos lados está y por todas partes se mete, como el aire que aspiramos y la luz que recibimos, no desperdiciando ocasión de erigirse en magister, tal cual sucede en los pesados días que sufrimos. (La filosofía histórica del Río de la Plata, cuenta con un capítulo más, para agregar a sus inéditas páginas: el "compadraje", que viene a formar trilogía con las plagas del "caudillaje" y el "militarismo", que le precedieron cronológicamente). Y en todas partes está el "compadre", llamándose "guarango" o "cursi", si es de alto tono y "ordinario" o "guiso", si de baja ralea; lo cual, no impide, que "guiso" pueda serlo siempre, o "guarango" sin ser genuinamente "compadre", presentando así distintos aspectos de la incivildad disfrazada de cultura.

En la calle, en el tranvía, en el teatro, en el café, en los salones, en las oficinas públicas, en paseos y diversiones, en viajes y recreos, en antenas de palacio y en recintos oficiales, en todo lugar en fin, que congregue o reciba gente, allá está el "compadre", que si nadie necesita de él, él necesita de los demás, para no pasar desapercibido; he ahí una de sus características fundamentales: llamar la atención.

Plaga que abruma, presenta diversos casos de manifestación: el compadre de "saco" que vemos todos los días, el de levita, el orillero de mirada siniestra y caminar quebrado, el cubierto por alamares y entorchados, y el más temible, el de frac, que es generalmente un disipado nochar-

niego por presunción necia, más que por hábito o afición.

Le vemos al primero en el tranvía, gesticulando grotescamente y hablando con altisonancia. En el teatro, incomodándonos con la conversación cuando estamos lejos, con apretones cuando a nuestro lado le tenemos y con los pies, cuando detrás de nuestras butacas. Es un bicho indómito e insupportable, pontificando siempre sobre lo que ve y deja de ver; utiliza cualquier coyuntura para trabar conversación con el vecino, ya sea comentando la representación, o recogiendo galante alguna prenda de indumentaria femenina que él mismo ha hecho caer. Tiene la obsesión de la molestia como mosca zumbona y cuando ya no sabe en qué forma distraer la pública atención, se remozca con afeites e insupportables perfumes y se acicala con abigarradas telas, que le hacen aparecer como un mosaico; esto, sin perjuicio de que deslumbre con resplandecientes alhajas de mal gusto y peor aplicación.

Siendo la antítesis del recato y la distinción, todo lo hace con aspavientos; así le vemos subir al tranvía y sentarse en el asiento delantero, con la premeditada intención que todos fijen sus miradas en él. Un recio bastón sostiene su pesada contextura, que se mueve para lucir el medallón de brillantes que pende de su cadena, obsequio de una corporación política. Pero, está inquieto: cruza las piernas, echa su cabeza

atrás plácidamente y apoya su brazo en el trasero del asiento, haciendo juegos de luz con un enorme brillante que luce en el dedo más pequeño de la mano. Aun no está tranquilo, porque todavía no ha conseguido el objeto deseado, como es parar la atención de todos. Llama al "guarda", que cobra los pasajes de los últimos viajeros y le interpela duramente, porque aun no le ha devuelto el restante del billete de diez pesos, que le entregó al subir al tranvía:

— "¡Mire ché que me debe diez pesos!" — dice con jactancia y ostentosamente. ("Mire ché", "Vea ché", "Ché mozo", — es el tratamiento común de la especie.

— "Si señor, ahora le daré el vuelto" — responde humildemente el interpelado y se dispone a seguir su tarea, de la cual le saca nuevamente el pasajero, diciéndole con imperio:

— "¡Oiga ché, ábrame la ventana!" — y como el empleado se demora un poco en razón de estar ocupado, se indigna el solicitante y dice:

— "¡Digame, pedazo de insolente!, ¿qué se ha figurado? ¿No le dije que abriera la ventana?" — ¿Usted no sabe quien soy yo?"

Y el pobre guarda, que no atina en lo que está haciendo, acude presuroso, asustado por el dicterio del pasajero, que refunfuña dirigiéndose al vecino:

— "¡No faltaba más! — ¿Qué me dice ché, del tupé de estos gallegos?"



El tranvía sigue y al llegar a la estación, desciende nuestro hombre y se dirige a la Gerencia. Allí promueve un escándalo y el empleado del tranvía es declarado cesante, porque "el señor" es un diputado, o un miembro de influencia en la política local...

Tales, como el referido, son los tipos y momentos más comunes del "compadrazo", que es el morbo más generalizado de la gente del Río de la Plata. Y aunque por generalizado y corriente vivamos poco menos que acostumbrados a él, ya que a cada momento lo encontramos, harto es preferible vivir en compañía de un tigre o del más feroz de los asesinos a soportar la vecindad de un "compadre".

No tanto como en los hombres, se manifiestan en las mujeres los síntomas del mismo morbo social, llevando los apodos de "guaraganda" o "cursilería", que son otros aspectos del mal común: chillonas mujeres de barrio que viven en perpetua pendencia, opulentas señoras hoscas de militares, extravagantes niñas frívolas de inquietud eterna, que hablan con jactancia de esplendores y rumbosidades: el mareo del viaje a Europa, el cansancio del automóvil, el "choclo" del último festival, el tedio de las funciones de abono y las estancias del novio, — todo lo cual es un modo de llamar la atención.

Cursilería, cursilería en todo, hasta en el temor de ser cursi, que desvela a muchas personas.

—¿Que usted se conmueve en el teatro, ante la realidad de una buena función? —
"Pues está usted perdido de cursilería", — como diría Benavente.

—¿Que usted protesta contra la injusticia de una ley, o de un mal fallo cualquie-

ra? — "Cursi", — le llaman también, los que no se tienen por tales.

—¿Que a usted se le ocurre dar muestras de cariño a una persona? — "Cursi", igualmente dicen, los que de buen tono se tienen.

—¿Que en la conversación desea usted salir un poco de la trivialidad común, elevando las ideas a regiones un poquito elevadas? — "Cursi, cursi"...

En esto del juicio, abruma más que abunda la cursilería general de la gente, que temiendo ser cursi, lo es sin saberlo; gente, que tiene horror por el modo de pensar de la generalidad, no porque ésta piense mal o pueda hacerlo bien, sino porque piensa como mayoría que es, lo cual, es sobrado motivo para que muchos discurran entonces de modo contrario. Estos "muchos", suelen ser atildados maricones, viejos bellacos y niñas fatuas, todos los cuales de trágica vacuidad, viven de inaudita farsa con el propósito de ponerse en evidencia ante los ojos de las mayorías. Y ¿cómo destacar y llamar la atención pública, cuando faltan condiciones naturales para ello? — Pues haciendo y pensando lo que nadie hace ni piensa, que en esto cifran la originalidad.

Prevalidos en la extravagancia que dominó la vida de muchos ingenios del pensamiento humano, se dedican a imitarles, creyendo tal vez que aquella y no la obra es la que da fama imperecedera en la historia. Y así, podrán no conocer nada de la obra pura de Oscar Wilde, nada de la correspondencia artística de Baudelaire, nada también de las tragedias de D'Annunzio o las comedias de Bernard Shaw, decimos citando a algunos espíritus que pasan por "extravagantes", — pero, en cambio sabrán bien

que Wilde llevaba un lirio en la mano al pasear por las calles de Londres, que Baudelaire tenía una amante que llamaba "virgen negra", que D'Annunzio fuma opio y tiene muchos perros y que Bernard Shaw gasta una vanidad sin límites. Todo esto lo sabrán y habrán de imitarlo para ser famosos, espíritus refinados y selectos como Wilde, como Baudelaire, como D'Annunzio, como Shaw... Apóstoles de la postura, maricones y filisteos, falsarios neosentimentalistas, sensitivos ramplones de la quintaesencia sensible, que por pasar de vivos, vergüenza tienen de la idea común y ante ella se cubren el rostro como las mujeres despechadas, que no pudiendo morder lloran de rabia. ¡Cómo si ellos fueran capaces de tener ideas propias o convicciones! Enrique Heine, para su completa felicidad, deseaba una casita en el campo, con un árbol a la puerta y en las ramas del cual estuviesen colgados por los cabellos todos sus enemigos. ¡A cuántos de aquellos farsantes, que no son sin embargo nuestros enemigos, sino que pretenden ser amigos nuestros, quisiéramos ver colgados, — no ya de un árbol frondoso, — sino de cualquier farol callejero, para que hasta de los perros llamaran la atención que tanto les gusta.

— "Los clásicos, — dice un lechuguino aficionado a las bellas letras, — son un mamarracho que sólo lee la gente vulgar."

— "La música italiana, — dice otro filarmónico, — ¡uf qué bodrio!, — ¡mire que gustar esa ridiculez!"

Y así todo en este mundo, donde el que no es cursi, tiene horror de serlo y... lo es mucho más.

El Bufón.

Creo en el Destino.

Siempre me he imaginado a los hombres, como fantoches fabricados por habilísimo artífice, y puestos en movimiento por los consabidos hilos que se manejan "desde arriba". La mano del titiritero, para los fantoches que actúan en el teatro de los niños, es el Destino para los fantoches que se mueven en el teatro del mundo.

Nuestros orgullos, nuestros triunfos, nuestras rebeldías, nuestras convicciones, es posible que no sean sino otras tantas manifestaciones de la habilidad del volatinero que nos gobierna. Para divertirlo nos hace representar esta gran comedia de la vida, que es tan extraña, tan llena de detalles inesperados, ora terribles, ora cómicos, que no se sabe a ciencia cierta si la farsa que se desarrolla en el tinglado es más farsa que la de la vida, o si ésta nada tiene que envidiar a la del tinglado, por imprevisible, por absurda, por impresionante, por irónica, por lamentable...

Los hilos, a los cuales obedecemos, representando nuestro papel en el mundo, diríase que se rompen con la muerte. También se rompen los muñecos del teatro infantil y se les destina al cajón de los desperdicios.

Es el fin...

En el guignol, encanto de los pequeños, suelen aparecer fantoches rebeldes. Se resisten a la imposición de la voluntad del "director" y adoptan aptitudes completamente inadecuadas al desarrollo normal de la comedia.

En el teatro de la vida también ocurren estas pequeñas salidas de tono. A los muñecos rebeldes la historia suele recordarlos con espanto o con admiración. Se llaman: Alejandro Magno, César, Napoleón, etc...

Sin embargo, el constructor de muñecos se empeña en evitar estos "contratiempos", y hoy ya es difícil, sino imposible, encontrar un fantoche genialmente rebelde a los hilos. Cuando quiere asomar alguno, queda ven-



Teatro de Títeres

© © ©

cido en seguida, y muchas veces en ridículo.

¿Degenera el espectáculo en sí, o por el contrario se hace poco a poco tan perfecto que ya los muñecos parecen hombres y pierden todo encanto por eso mismo?

También pudiera creerse que las "rebeldías" de que antes hablaba, ya no son patrimonio de uno, sino la acción combinada de muchos. Se abandona el género unipersonal para entrar en el pluripersonal. Las comedias a base de uno o dos protagonistas ya no son del gusto del público y tienen en cambio preferencia las que encierran el movimiento de grandes masas. Es la acción de las muchedumbres, de los oleajes humanos, más terribles que los del océano. En el mar esas formidables inquietudes tragan buques; en los pueblos tragan tronos, privilegios, creencias. Pero son tan ciegas éstas como aquéllas, tan inconscientes, tan crueles sin necesidad. Un día las furias populares tronchan inútilmente suaves cuellos femeninos, porque encontraron de necesidad el abatir la cabeza de un rey. Otro día destruyen una soberbia ciudad y queman archivos, bibliotecas y museos, porque tuvieron que desarraigar para siempre las raíces de un régimen.

Y todo así; en forma ciegamente huracanada; igual que los elementos.

Pero evidentemente en la preferencia universal, triunfan las obras de conjunto, de grandes conjuntos.

Son los coros los que adquieren una in-

dividualidad temible, los que ahogan con sus voces toda otra voz individual, por potente que sea.

Y en esto volvemos a lo antiguo; que tampoco procediendo así habremos inventado nada. En la tragedia griega, el coro tenía una individualidad tan potente, que, por su boca múltiple, el "hombre" oía la voz del destino, el juicio supremo para sus actos, la glorificación excelsa, o la condenación más inexorable.

El coro fué la avanzada de la democracia igualitaria.

Pero los griegos tenían dioses.

Y hoy ya hace rato que los dioses se han multiplicado de tal manera que ya forman muchedumbre. Y la muchedumbre es gregaria siempre. No podía tener divinidad.

Entiéndase bien: "no podía".

Hoy la va adquiriendo, o se la va concediendo a sí misma.

Y llegaremos, posiblemente, a la coronación de S. M. la Chusma, o más amablemente: la Multitud...

Un día se derrumbó una autocracia, y surgió sobre las ruinas una "multicracia". ¿Cambiarón los procedimientos? No!... Y no podían cambiar. Para dar impulso a una cosa, se hace necesaria una fuerza inicial. ¿Fuerza? Precisamente: la "Kratos". Es la mitad de la autocracia: Aytokrates...

¿Una tontería, verdad?

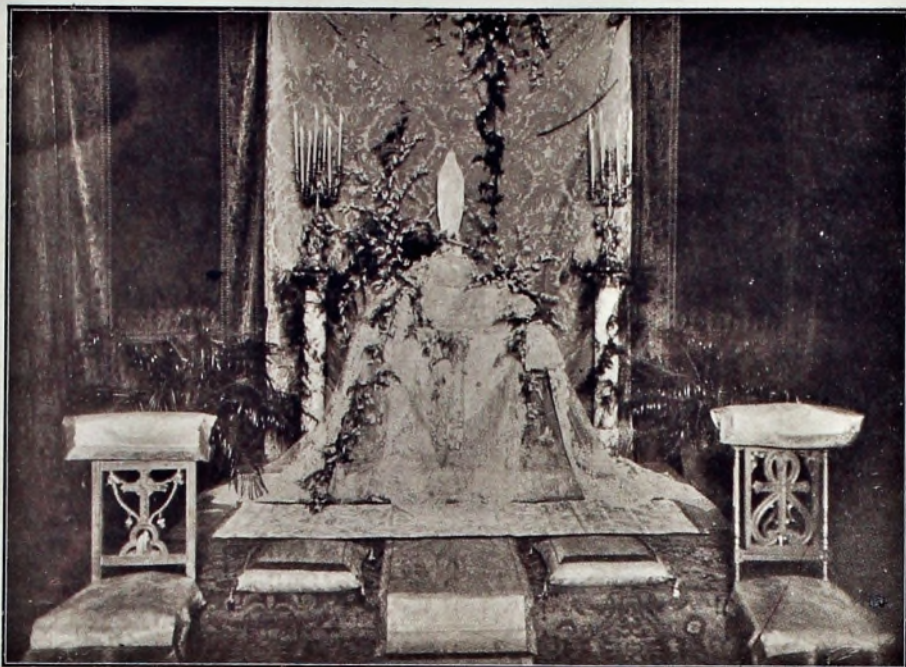
Ya lo sabía yo antes que ninguno, puesto que se me ha ocurrido a mí y he sido el primero que he podido burlarme de la ingenuidad.

¿Pero es que acaso no estamos en el dominio de la farsa?

Mundo y tinglado: lo mismo da.

Y los muñecos, reyes y mendigos, con hilillos que se elevan a lo alto, muy a lo alto, donde está el farandulero, en cuyas manos se halla nuestro destino.

Enrique Crosa.



La hermosísima capilla

NUESTRA sociedad no había, en ninguna época, presenciado una ceremonia tan brillante, tan suntuosa, tan cuidada en los más pequeños detalles. Y la resonancia de acontecimiento tal ha llevado a las crónicas el eco de tanta maravilla, y trae hasta nosotros la nota más galana y más armoniosa de todas las que se registran en este número de SELECTA y que se refieren a un acontecimiento social...

Marco para tan admirable cuadro fué el inapreciable de la residencia que en la calle 25 de Mayo poseen los esposos: doctor Germán Roosen y doña Matilde Regalia. Casa patricia. En su frontispicio luce una fecha que rememora días de gloria para la patria: 1831, y en su interior, la arquitectura es fiel trasunto de aquellas mansiones coloniales, tan severas, tan amplias, donde el sol entraba sin timideces, a torrentes.

Y en la casa solariega, alcázar donde la virtud y el honor han guardado la tradición de una nobilísima familia, se desarrolló días pasados el acontecimiento social más deslumbrante de estos tiempos: la boda de la distinguidísima señorita Matilde Roosen Regalia con el caballero Eduardo Hughes.

Fué una consagración principesca.

A las seis y media de la tarde los novios atravesaron las diversas salas y el salón de honor, para llegar hasta la soberbia capilla instalada en la misma casa. A esa hora ya todos los ámbitos de la amplísima casa estaban llenos de una selectísima concurrencia.

En la capilla se había puesto toda la dedicación del más refinado buen gusto. Sobre un doble entarimado se elevaba el altar. La Virgen de Lourdes, en preciosa escultura de mármol, destacábase en medio a fondos de seda, de tul y de encajes. En las gradas dos almohadones de damasco blanco, guarnecidos de galones de oro viejo, esperaban a los novios en el momento de caer de rodillas para oír la sagrada fórmula del vínculo cristiano. Sobre el ara, verdaderas olas de encajes de Inglaterra, ponían una nota de gran riqueza y de refinado gusto. Esos encajes exornaron en otros días los cuerpos arrogantes de las damas que

ostentaron orgullosamente los apellidos de: Durán, Montero y Regalia.

Seguidos los novios de numerosísimo y brillante cortejo, llegaron al pie del altar. La orquesta ejecutaba en ese instante la marcha nupcial de "Parsifal". Una vez que los desposados estuvieron delante del sacerdote, pronunció éste las palabras solemnes de la unión y cuando bendijo, la señora Blanca Viaña de Martí, elevó toda la dulce, la armoniosa armonía de su voz entonando la bellísima "Priere" de César Franck. En la concurrencia se elevó un murmullo de admiración para la exquisita cantante.

Continuó el sacerdote el ritual y cuando llegó el momento de la bendición de los anillos, otra voz delicadísima, de suavidades acariciadoras y emitidas con arte soberano: la de la señora Esther Vidal de Etcheverry, entonó un "Ave María" de severa concepción musical y admirable inspiración, compuesta por la inteligentísima señorita María Esther Roosen Regalia. Toda la íntima belleza de la página musical, su encanto místico, llegó al auditorio a través de la argentina voz y del sentimiento artístico puestos en su ejecución por la señora Vidal de Etcheverry.

Terminó en este punto la consagración religiosa, pronunciando el sacerdote una breve alocución, e inmediatamente cuatro voces armoniosas, dulces, encantadoras, entonaron un "Hossanah" original del señor César Cortinas.

Con ello finalizó la ceremonia y la concurrencia se diseminó por todas las salas, llenando el gran salón de honor, donde las arañas derramaban torrentes de luz. Los nuevos esposos recibieron las cálidas enhorabuenas de sus íntimos y mientras una excelente orquesta inició un selecto programa de piezas de baile, el suntuoso comedor se abría y allí se congregaba un distinguido grupo de damas y caballeros.

En las diversas salas, la concurrencia admiraba los regios mobiliarios, el arte y la exquisitez con que está decorada toda la casa; la severidad imponente del despacho del doctor Roosen; la riqueza del gran salón de honor; la ar-

Una boda suntuosa



Los esposos



El despacho del Doctor Germán Roosen



monía del hall; la delicadeza de la sala de música... Y fueron admirados los contramarcos de las puertas cubiertos con cabuchones y chapiteles de bronce cincelado; las vitrinas donde se encierran preciosidades antiguas, de valor inestimable; las viejas consolas sobre las que asientan sus elegantes líneas y su riqueza, antiguos relojes y jarrones de Sevres, porcelanas casi impalpables de tan finas y en las que las decoraciones son obras de arte; y en todos los ángulos, en todos los detalles un sello de grandeza y de buen gusto.

La gentilísima pareja que forman los nuevos esposos, después de recibir los homenajes de los asistentes, abandonaron el salón, descendiendo de la planta alta por una escalera que conduce al segundo gran patio de la vastísima mansión patricia. Allí aguarda un auto, el que ha de conducirlos a su residencia de campo.

Suben los esposos Roosen Regalia-Hughes al lujoso vehículo y cruza éste lentamente los dos patios del magnífico caserón, mientras la mayoría de los asistentes, acodados al varanda del piso alto, aplauden a los felices desposados y arrojan sobre ellos una lluvia de flores.

Recordamos a la novia. Envuelta en sedas, tules blancos, era una flor armoniosa de pureza. El traje de tul exornado de encajes de Bruselas, con manto también del mismo en-



Roosen- Regalía Hughes



Regalía Hughes



robedor

Fot. de "Selecta"



El salón de honor

caje fué admirado como una verdadera maravilla. Y lo era, en grado superlativo, una maravilla de elegancia, de corrección, de originalidad.

Y pasó la novia, pasó como una princesa y nuestras miradas convergieron entonces en las elegantísimas damas que daban una animación brillantísima a las salas. Por ellas desfilaron, admirables y admiradas, majestuosas, espléndidas.

Recordamos con embeleso que no se borrará jamás: a doña Matilde Regalía de Roosen con regia toilette de pekin negro, cubierto con magníficos encajes de Chantilly, tomados con adornos de azabache y resplandeciendo sobre su cuello un soberbio *collier de chien* de perlas y brillantes, hermosas joyas en el "corsage" y complementando tan espléndido atavío con un valiosísimo abanico antiguo.

Doña Pilar Herrera de Hoffman, vestía irreprochable traje rosa viejo con exquisitos bordados de plata.

La Condesa de Brayer, de encaje negro y valiosas joyas antiguas.

Doña Margarita Uriarte de Herrera, de negro con *écharpe* de magnífico encaje de Inglaterra; hilos de grandes perlas, y hermosas joyas sobre el "corsage".

Doña Esther Vidal de Etcheverry, de azul sajón, profusión de ricas alhajas, gran sombrero estilo "Lamballe".

Doña Sofía Platero de Idiarte Borda, de negro sobre viso blanco, regias joyas; hermoso sombrero con muy ricos *aigrettes*.

Doña Mercedes Uhagón de Olivier, de pekin negro cubierto de Chantilly; magníficas alhajas antiguas.

Doña Matilde Frias de Nin, de Chantilly negro, profusión de alhajas de alto mérito.

Doña Joaquina Romero de Olivier, distinguida dama porteña, lucía hermoso traje negro sobre azul de Saxe; elegante toca de encajes y *aigrettes*.

Doña Celia Alvarez de Amézaga, de tul negro; gran sombrero del mismo color armonizando con el ébano admirable de su cabello y el azabache de sus ojos.

Un grupo
de concurrentes
en el gran Hall



Rosa Olmedo Zumarán fué para nuestro capricho, como un girón del cielo argentino, su patria, cielo de un azul de gloria, en el que, como dos ventanas abiertas al infinito se nos ocurrieron sus admirables ojos negros.

Esther Alvarez Mouliá, estaba encantadora, circundada como en una aureola de hechizos; como una dulce visión en su traje blanco.

Julia Zumarán Arocena, fué para nuestra imaginación como un arrogante lirio; niveo su traje en correspondencia con la blancura maravillosa de su piel. Como contraste artístico un sombrero negro remataba su toilette.

Maria Inés de Arteaga destacaba su rostro de severas líneas en clásica belleza sobre la originalidad de un elegantísimo traje negro listado de blanco.

Maria Angélica Márquez Maza, con traje celeste y Margarita Saavedra, de rosa, se nos antojaron dos maravillosas flores de jardín encantado.

Margarita Idiarte Borda Platero llevó a su "toilette" irreprochable, la característica de su espíritu privilegiado: blanco el traje, blanco el sombrero; y de esa impoluta blancura surgió su belleza soberana.

Alcira Muñoz Oribe cruzó magestuosamente los salones en la corrección de su traje de voil celeste y de su sombrero negro. Sus ojos, de una negrura de abismo, se nos ocurrieron maravillosos trozos de noches inacabables.

Ema e Isabel Figari Castro vestían de blanco, con un chic subyugante, bellas, cultas.

Y también ahora debemos cesar en esta grata evocación. Termina el ensueño.

La señora Matilde Regalía de Roosen y el doctor Germán Roosen aguardaron a sus visitantes en el "hall", poniendo en este sencillo acto toda la hidalguía de su alta cultura y luego se multiplicaron para que todas las damas y caballeros tuvieran de ellos una gentileza.

La boda Roosen Regalía-Hughes quedará en los anales sociales del Uruguay como una de las más brillantes manifestaciones de distinción y de suntuosidad; fiesta de extraordinaria belleza que dijo en forma elocuente de la elevada cultura de los esposos Roosen-Regalía.

Doña María García Lagos de Hughes, de negro; toca del mismo color.

Doña Esther Boffil de Lasala, de blanco; sombrero también blanco, y gran cruz antigua de brillantes sobre el escote.

Doña Herminia Garzón de Mañé, de negro, gran cuello Médicis de piel de armiño, hilo de perlas orlando el cuello y elegantísimo sombrero negro rematando tan elegante toilette.

Doña Celia Crosa de Peixoto, de voil celeste, valiosísimas joyas en el "corsage", hermoso sombrero blanco.

Y en este punto nuestra memoria ya no nos obedece, tal es la cantidad de siluetas gentiles que pasaron y pasaron por las magníficas salas durante la fiesta memorable.

Con pena, con inmensa pena nos vemos obligados a no seguir en esa tan gratísima enumeración, y vamos a cerrar esta crónica, que reconocemos pobrísima para acontecimiento tan suntuoso, recordando a un grupo de niñas, a un florón delicadísimo de juventud, a un trozo enojado de primavera.

Y acude a nuestra memoria: Margarita Heber Uriarte, radiante, elegantísima, envuelta en la delicadeza exquisita de un traje del tono suave de la flor del aroma y en el perfume sutil de su distinción y cultura.

La moda, la mujer y sus caprichos

000000

SIEMPRE, a través de los siglos y las generaciones, será la moda reina absoluta que nos ha de sugestionar hasta imperar de una manera sorprendente sobre nuestras costumbres, sujetándonos a sus más mínimos caprichos.

Es increíble... Fuimos y seremos siempre esclavos conscientes de ella, puesto que sus frivolidades, seduciéndonos para rendirle culto como reina soberana, culto que inconstante en sus caprichos, nos atrae con en el presente se ha transformado en verdadera veneración: nos atrae, sus nimiedades nos empujan hacia ella, con profundo fanatismo, con la convicción de que siguiéndola hemos de llegar a brillar, a imperar en todo tiempo y lugar, sin detenernos a pensar que este afán nuestro por seguir todas sus evoluciones, nos conduce muchas veces a la ridiculez cuando no a la extravagancia...

Esta ha sido mi meditación al concluir de pasar revista a una soberbia galería de retratos, espléndida colección donde se admiran y veneran las fotografías de nuestros antepasados que concentran en sus tipos, toda la característica de distinción y refinado buen gusto.

Todos son retratos de mujeres, ante los cuales me he detenido haciendo un examen minucioso de cada tipo y sus tocados primorosos evocando al propio tiempo el reinado glorioso de aquella moda de entonces.

Aquí aparece una dama de los tiempos del Virreynato: su traje oscuro, de estilo



severo con profusión de pliegues, deja adivinar apenas las líneas de su cuerpo cubierto con un amplio chal que cae desde sus hombros. Una "papalina" de finísimos encajes, cubre su cabeza dejando al descubierto una tersa frente donde se refleja la rectitud y bondad de su carácter.

Más allá, infinidad de retratos de mujeres de épocas distintas: de los tiempos de María Antonieta y del miriñaque. Todas ellas visten largas polleras hasta el suelo, cubriendo por completo sus pies diminutos cual si fuera una profanación el enseñarlos. Los "corsages" ceñidos, ajustados graciosamente al talle dibujándose las líneas impecables de sus cuerpos esculturales. Cuellos altos los más, muy pocas lucen escotes para dejar entrever el nacimiento del pecho.

Se me presentan todas estas damas, jóvenes algunas de ellas, con sus trajes de irreprochable elegancia, sencillos, denotando en su porte distinguido, nobleza de sentimientos, evidenciando en sus rostros serenidad de alma.

Y bajo el impulso de esta reflexión me detengo a comparar aquéllas y éstas que siguiendo todos los caprichos de nuestra Reina soberana, asemejanse a la mujer de los tiempos romanos. La moda imperante en los trajes, especie de túnicas, audaces en su escasez, dejan al descubierto desnudeces que antaño hubieran espantado. Las transparencias en las telas se han impuesto; grandes escotes como para trajes de baile, son los que se usan para calle y las faldas sumamente cortas, hace que la mujer de ahora haya abandonado aquellos reparos de otrora. Por ello se la admiraba, por aquel algo inexplicable, difícil de definir, que experimenté mientras pasaba revista a la espléndida galería de retratos antiguos...

Mary Acilegna.





De
mes
a
mes



Comentarios veraniegos. —

La temporada de playas, toca ya a su término. Nuestra hospitalaria ciudad, ha sido este año visitadísima por familias extranjeras, que han animado nuestros paseos y reuniones sociales.

No obstante esta circunstancia, favorable para la sociabilidad, la hermosa rambla de Pocitos, ha presentado indefectiblemente, su monótono aspecto habitual.

De tarde como de noche, marchan con la más rigurosa disciplina grupos en fila, de damas, niñas y caballeros. Parece que alguien hubiera dado la tiránica orden de marchar mirando al frente y sin detenerse ni un instante y a la vez la de sentarse a mirar el desfile.

Los espectadores del movimiento casi militar de la rambla, que ocupan las rígidas filas de sillas, comentan detalladamente el gesto de una niña; los aros de una dama o la martingala más o menos bien cortada, del saco de cualquier joven paseante, que vaya con ellas.

Ante esta propensión a la crítica benigna y por eso mismo misera e improcedente, muchas son las familias que se abstienen de caminar, tranquilamente y aumentan el número de los espectadores - fiscalizadores, que se instalan en las sillas.

Esta tirantez solo propia de una noche de banda municipal, en una plaza de Canelones, quita a las reuniones veraniegas toda naturalidad y comodidad y los que se disponen para pasar a la orilla del mar, un rato agradable, se ven asediados — si están sentados — por el molesto inspector que le hace enderezar la silla o le trae otra más, para que no quede desocupado el menor espacio; o en el mejor de los casos, si se quita el sombrero, lo desconoce y le cobra de nuevo o le exige el boleto, uno de los tantos revisadores, que interrumpen intempestivamente las conversaciones.

Todo esto, alternado con los insistentes vendedores de chocolate y caramelos que se instalan a la derecha de todos los novios y

las mamás de pequeñuelos a fin de ponerlos en el compromiso de adquirir lo que pegan, constituye una plaga incómoda que se está haciendo intolerable!

Es de desear que sea éste, el último verano de aldea y que nuestra sociedad quebrando la disciplina militar de la rambla, baje a la arena y allí forme grupos despreocupados, donde ningún inspector le haga enderezar la silla, ni le exija el boleto cada vez que cambia de sitio; ni tenga que oírle al vecino inmediato de silla, una crítica a una hermana o amiga. Como tampoco tenga que alternar su charla con cuatro o nueve. — ¡No! — Al insistente vendedor de chocolates, terror de las mamás y peligro de los chicos, que luego extragados, en la mesa, no prueban bocado.

En suma aquí se veranea con toda formalidad y nadie osa romper la rigidez tiránica del desfile, siguiendo días y meses las terribles y derechas caminatas sin que al fin de la estación se haya visto un solo grupo alegre, que sin temor a los susurros y censuras, se anime a charlar con ningún joven, presintiendo que al siguiente día, un señor que la mira desde una silla, divulge la noticia de que está comprometida.

Los jóvenes por su parte sabiendo esto, no se acercan a las niñas y algunos que forman grupos — siempre tiesos — se permiten poner motes a las paseantes, y es así como con irreverente espíritu de crítica morbosa, a una prestigiosa niña, de graciosa expresión alegre, le llaman: "Máscara sonriente", y a dos inseparables hermanas: "Vit-tone y Pomar", y a un matrimonio joven y rico: "La grande y la aproximación"; cosas estas que no por inofensivas dejan de ser incultas y reveladoras de espíritus ociosos que más ganarían leyendo en la arena en cualquier libro instructivo, que observando tonterías propias de un club social, de extramuros...



El carnaval en los salones. —

Son del dominio público, las circunstancias que han obligado a nuestra sociedad a la abstención de los bailes de máscaras.

Es lamentable, que en un ambiente tan rehacio a las reuniones sociales, como éste, las únicas fiestas tradicionales, se hayan suspendido y que las escasas realizadas, no hayan tenido mayor brillo.

Sin hacer cuestión política ni religiosa, fuerza es confesar, que nuestras damas no comulgan con el rigor.

La mujer uruguaya por solidaridad femenina, se privó de pasar un rato de sociabilidad, en los bailes; aun sabiendo que hasta los salones no llegarían las máscaras ofensivas para las creencias religiosas.

El retraimiento social de este carnaval hay que lamentarlo realmente, puesto que de esa manera no se han producido las magníficas reuniones que año tras año se



repiten y que constituyen la parte más brillante y más característica de las fiestas de Carnaval.

Es doblemente doloroso, que el retraimiento social haya privado a infinidad de obreras, de valiosos ingresos, llevando así hasta los hogares pobres, el perjuicio de un conflicto, por el que no se pudo favorecer a los más damnificados con la escasez de trabajo.

El entredicho ha perjudicado a los que nada tenían que ver con él. Es común eso.

Sólo los niños, no se han privado este año del jolgorio de todos los veranos y es así como por nuestras principales avenidas se han visto autos con chicuelos alegres y bonitos, que han animado con sus bromas infantiles, los salones desiertos.



CORRESPONDENCIA

Margot. — Aquí no se estimula el teatro nacional por varias causas; la principal es que las obras no son en francés... ni requieren traje de tiqueta. Además la política, divide hasta las opiniones artísticas y un autor sabe que por mucho que valga su trabajo, tiene que hostilizarlo por enemistad política, el diario contrario a sus ideas. Tampoco es ajena a la inanición de los autores la falta de actrices de guardarropa.

El arte como la comida, para que pre-disponga favorablemente ha de ofrecerse en forma correcta y adecuada. Recuerde usted los trajes de baile que sacaba una actriz en escenas matinales y los jackets de un actor para tomar el ferrocarril...

No hay arte que salga ileso con tales contradicciones.

Alicia, Violeta, Enamorada y Maria Rosa.

— Atendiendo el pedido de ustedes la Administración de SELECTA tendrá correspondencia en Punta del Este.

A los lectores. — El señor Atilio Ruggero que desempeñó el cargo de Administrador de esta Revista, ha renunciado por haber sido reclamados sus servicios en una casa comercial de esta plaza.

BERTA.





Señorita Pilar Fenech

FUE una tarde de arte exquisito. Invitada amablemente la Dirección de SELECTA para asistir a una audición dada por la notable soprano señora A. de Ruiz, por la señorita Pilar Fenech y por el maestro Ernesto Ruiz, fueron tan inmensas las gratas emociones gustadas, como la admiración que la voz soberbia de la señora Ruiz despertó en nosotros, los que aun no habíamos tenido el placer de oirla.

Inició la audición selectísima la señorita Fenech, ejecutando con toda maestría un Paraphrase sobre Rigoletto, de Liszt. Demostró la talentosa concertista una técnica impecable y un exacto sentimiento de la música. Vigorosa en la expresión, no olvida nunca los factores suplementarios que dan a una interpretación el sello personalísimo del ejecutante. Fué muy aplaudida.

Cantó luego, acompañada al piano por su esposo, la señora de Ruiz. La romanza del tercer acto de "Madame Butterfly". Fué tan extraordinaria la interpretación que esta difícil página obtuvo de parte de la distinguida cantante, que no vacilamos en afirmar que nunca, nunca, la hemos oído tan estupendamente cantada. Potencialidad de voz, seguridad absoluta en todos los re-

Una tarde de arte



Señora A. de Ruiz

gistros, calor de pasión en los vocablos desgarrantes, y delicadeza suma en los que añoran el dulce amor que se ha marchado para siempre.

Nos quedamos perplejos ante tan grande fuerza interpretativa al servicio de una voz poderosa, noble, amplia, que no vacila, ni se regatea, una de esas voces que ya van siendo desgraciadamente muy escasas en el teatro lírico. Una gran concertista de canto.

Excusamos decir que la ovación que le



Maestro E. Ruiz

tributamos los pocos y felices afortunados que la oímos, fué enorme. Y no pudo ser de otra manera, pues la notable soprano nos hizo experimentar toda la honda belleza que encierra esa hermosa romanza de Puccini.

Cantó luego el "Raconto" de Santuzza (Cavalleria Rusticana), y en esta romanza puso a brillante contribución toda la potencialidad de su registro grave, emitiendo notas de una fuerza y de una pureza admirables. Nueva ovación. Indiscutiblemente la señora de Ruiz es una cantante distinguidísima, de las que conocen el valor de expresión y pueden utilizarlo ampliamente por tener un gran caudal de voz.

Por su parte el maestro Ruiz demostró ser también un correctísimo concertista de piano. Pero al maestro lo conocemos como inteligentísimo director de orquesta y ya su nombre tiene muchos lauros para que le dediquemos aquí ligeras líneas de elogio.

Fué, como decimos antes, una tarde de arte exquisito, intenso, que gustamos plenamente y tan plenamente agradecemos.

Los esposos Ruiz y la señorita Fenech darán en estos días en el Parque Hotel, un concierto, al que desde ya auguramos un éxito absoluto, como lo merecen quienes tienen en el arte un culto, al que dedican todas sus energías y todos sus entusiasmos.

En honor del Almirante Caperton



SE realizó en el Club Italia una interesante fiesta de homenaje al distinguido marino norteamericano, Almirante Caperton.

Acompañado el Almirante de su brillante oficialidad, hizo acto de presencia en la bonita fiesta, para la cual la Comisión Directiva del Club no omitió detalle a fin de que todo resultara de buen gusto.

Se bailó con verdadero entusiasmo y está demás decir que el Almirante rindió como es costumbre entusiasta homenaje a la Diosa de la Danza.

Los salones del Club habían sido adornados con mucho arte y por todo ello la Comisión obtuvo los plácemes más unánimes.



Fiesta dada en el Club Italia en honor del Almirante Caperton

Nuestros nuevos colaboradores artísticos

©©©

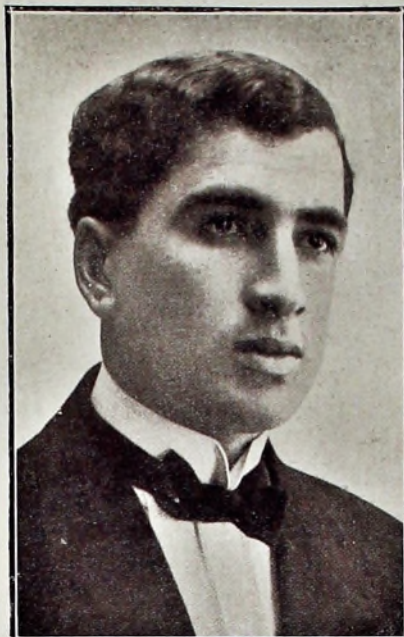


Agustín Ezcurra

La Dirección de esta revista que tuvo siempre como el mejor y más alto deseo, el de ofrecer a sus favorecedores, una publicación que se destaque totalmente de sus congéneres, incluye desde esta fecha, en el cuerpo de sus colaboradores artísticos a los conocidos dibujantes Luis Bello, Agustín Ezcurra y Melchor Méndez Magariños.

Los tres son suficientemente apreciados en los círculos pictóricos, del Plata, para que sea necesario elogiarlos particularmente. El mejor adjetivo lo encontrarán los lectores al apreciar las obras que sus hábiles lápices produzcan y que SELECTA se complace en dar a conocer.

Al presentar, pues, a los nuevos dibujantes, reiteramos con ello las seguridades de que en



Luis Bello



Melchor Méndez Magariños

esta revista hay quien se esfuerza por mejorarla continuamente, y que no antepone nunca razones materiales, al alto valor moral, intelectual y social que deseamos prime en sus páginas, como lo hemos ofrecido y lo demostramos. Y porque es obvio el elogio que nos hagamos, preferimos hacer obra, que es en esa forma como se conquistan justicieras expresiones elogiosas que deben alentar nuestros esfuerzos y aguzar nuestro ingenio, para que SELECTA sea siempre — como su título lo indica — un nido de cosas bellas, nuevas y útiles al cerebro o al corazón. A ello tienden nuestros afanes de ir siempre más arriba y siempre más lejos.

La pequeña "Juanito"

TRABAJABA como bailarina en el teatro de la Opera. Más que una artista, era un camarada, un amiguito. Su cuerpo no tenía ninguna curva insinuante y voluptuosa de esas que hablan a la carne y avivan las brasas del deseo. Gentil, delicada y frágil como un tallo. Su rostro estaba lleno de gracia, de luz divina y poseía una belleza extraordinaria. Siempre, siempre reía, mostrando, bajo el candente frescor de los labios encendidos, el encanto de sus dienteillos blanquitos y perfectamente alineados. Por ojos tenía dos magníficas ágatas oscuras, dotadas de una mirada magnética y dominadora, y por cabello, ondulosos mechones de oro viejo... Recuerdo que eran del mismo tono de color sus ojos, su pelo, sus largas pestañas y las dos perfectas pinceladas de las cejas. Y resultaba delicioso el contraste con la transparencia rosada de su tez de alabastro. Con los ojos abiertos parecía una pecadora de Romero de Torres; cuando los entornaba, una virgen de Murillo...

Nos conocimos en una Peña de escritores y artistas bohemios, que a las altas horas de la noche se formaba en un cabaret de la rue de la Paix...

Se llamaba Margot, pero para todos los camaradas de la vida nocturna era la pequeña "Juanito"... ¿Por qué?... No sé decirlo; tal vez por su aspecto de príncipe de leyenda; tal vez porque sus gustos estaban identificados con los nuestros. Ella saboreaba el kummel y el ajeno, discutía sobre literatura y arte con una suficiencia admirable, hacia versos, le encantaba narrar cuentos verdes, jugar al pocker y fumar cigarrillos egipcios. Leía muchas novelas y estaba abonada a un gabinete de lectura... Le entusiasmaba Walter Scott y Musset y hubiera querido vivir en un yacht que no cesase de navegar.

Margot hablaba un parisino atropellado, lleno de gracia y de ingenio. Su entrada en el café era siempre acogida con gritos de regocijo. Ella, sin azorarse, embutida en un gabancito de pieles y tocada con un casquete de terciopelo adornado con dorados racimos de uvas, se acercaba lentamente a nuestro grupo, como una gatita de Angora, atisbando siempre el momento de hacer una diablura que regocijaba a toda la tertulia...

Aquella noche, a fines de año, nuestra pequeña "Juanito" estaba muy triste. Con lágrimas temblándole en las rizadas pestañas, me



De otros tiempos

El grabado adjunto, es reproducción de una fotografía tomada a los señores Don Martín Lasala y Dr. A. Ramos Mejía, hace ya unos "cuantos" años.

Excusamos este comentario ante el original recuerdo de un tiempo que ya pasó para todos y en particular para las personas que figuran en el retrato, las cuales disfrutaban entonces de una juventud tan gallarda como puede verse. Los trajes que visten, son otro caro recuerdo de las modas antiguas; que como todas las cosas se han renovado, al punto de que hoy nos parecerá excéntrico aquello que fué ayer, "le dernier cri".

contó el motivo de su amargura. Se le había muerto Caruso... Caruso era un canario holandés que la acompañaba en su cuartito del barrio Latino.

¡Pobre hijo! — murmuraba de vez en cuando con plañidera voz, ahogada por un fluido lánguido y perezoso...

Cartier, un joven macilento, alto, delgado, de aire distinguido, intervino en la conversación, diciéndola:

Mira, "Juanito", hazte espiritista y podrás volver a oír el canto de tu canario...

¡Oh... no me gastes bromas!... — desechó ella con un delicioso mohín de derrumbamiento espiritual.

¿De verdad!... ¿No crees tú en el espiritismo?...

No; pero además los pájaros no tienen alma...

¿Quién sabe!, expresó solemnemente, el joven Cartier.

"Juanito" se quedó un momento perpleja. Después, como acuciada por una idea, exclamó:

Oye, Cartier; tú me has dicho muchas veces que me quieres ¿verdad?...

Si — aseguró él, impávido. — Estoy enamorado de ti y tú me desdenas.

Te desdeno porque contigo me pasa lo mismo que con el espiritismo... No creo...

El caballero macilento sonrió y le dijo friamente:

Pues la existencia del espiritismo y de mi amor, puedo probártelas... Cosa más fácil...

Pues bien; veamos antes eso del espiritismo... Yo querría poder hablar con el espíritu de mi hermana Lili, que murió el año pasado...

¿Cuándo? — inquirió Cartier.

Mañana mismo... ¿Puede ser?...

¿A qué hora?...

¿A qué hora?... ¿A qué hora?... — meditó Margot. — A las ocho de la noche.

Hablarás con ella... aseguró sacerdotilmente el camarada Cartier.

Y todos tomamos a risa este absurdo diálogo.

A la noche siguiente una compañera de la pequeña "Juanito" llevó al cabaret la espantosa noticia: nuestra linda amiga había muerto de repente... Un terror helado nos invadió a todos...

¿Cómo?... ¿A qué hora?... — preguntamos con ansiedad loca...

— Serían las ocho de la noche.

El Caballero Audaz.

Los Claveles Rojos

I

Por esas sonrisas, que son cual cuchillos,
que su filo esconden entre los rosales
de tus labios rojos como los corales
en que se desgranar tus áureos zarcillos;

por esas miradas, que son cual puñales,
que entre las tinieblas ocultan sus brillos,
me veré en la Audiencia, cargado de grillos,
sentado al banquillo de los criminales!

Si a prisión me mandan, pediré a mis jueces
que mi cuerpo encierren en las lobregueces
de tus grandes ojos, y si es ley que muera,

por morir esclavo de tu amante yugo,
— ¡Ahórcame — en el palo, le diré al verdugo —
con los negros rizados de tu cabellera!

II

Ante un crucifijo, postrado de hinojos,
mientras las saetas aullaban su canto,
enlutada y pálida te vieron mis ojos
rezar tus plegarias en el Jueves Santo.

Sangraba la herida de tus labios rojos;
y sobre tu seno, cruzadas de espanto,
tus manos de nieve eran cual manojos
de místicos lirios bañados en llanto!

Abrazada al leño, triste y lacrimosa,
a Jesús besabas, allí donde abría
la llaga de un clavo su sangrienta rosa...

Porque tus piadosos labios me besaran
con la unción que a Cristo, no me importaría
que en su propio leño me crucificaran!

III

Cuando entre tus labios su dolor destila
el escalofrío de una carcelera,
yo no sé qué pena baña tu pupila,
yo no sé qué angustia te estremece fiera,

que todo tu cuerpo retiembla y vacila,
como si de pronto sucumbir quisiera
de dolor, envuelto en la Primavera
de tu luminoso mantón de Manila!

Yo, oyendo la copla y viendo tu cara,
oculto en las manos la cabeza para
ahogar en mis labios mi propio sollozo...

¡Ay, por qué presienten mis negros desvelos
que en tu amor pensando, morderé de celos
las oscuras rejas de mi calabozo!

IV

Tiende el plenilunio sobre el jazminero
que en la clara a'berca su bláncor retrata,
como una lujosa capa de torero
de raso celeste bordada de plata.

Tu guitarra rasga el silencio... Un fiero
resplandor de odio tus ojos dilata,
y hay en tus sonrisas como un fino acero
que entre rosas brilla y entre rosas mata!

Igual que una esclava sumisa y sonora
que siempre realiza tus locos anhelos,
la guitarra ríe, canta, gime y llora;

y siguiendo el ritmo de tus sueños vanos
se rompe de angustia y estalla de celos...
¡Mi alma es como una guitarra en tus manos!



V

Cuando a los repiques de las castañuelas
ingrávida y ágil a bailar te lanzas,
diríase que esculpes y en tu ser modelas
todos los lascivos giros de las danzas.

Ya entornas los ojos y te aterciopelas;
ya agitas las trenzas y pálida avanzas...
De tus castidades tiemblan las gacelas,
y rugen los tigres de mis esperanzas!

Aunque entre damascos tu cuerpo aprisionen
y aunque en su pureza tengan tus facciones
de una estatua antigua la celeste calma,

tan profundo y lúbrico furor te estremece,
tal ansia te encrespa que, al danzar, parece
que danzas desnuda de cuerpo y de alma!!

VI

Entre las macetas de albahacas asomas
la viva y ardiente flor de tus sonrisas,
y como embriagadas por tantos aromas
temblando en sus labios se duermen las brisas.

Cantando entre dientes el espejo tomas
y tu tenebrosa cabellera alisas,
mientras arullándose, dos blancas palomas
arrastran sus alas sobre las cornisas.

Entre los encajes con que te recamas
se va deshojando una rosa roja,
poco a poco, en lentas lágrimas de llamas...

Y a mis ansias digo, de amargura lleno;
¡Oh, quien fuera esa flor que se deshoja,
para desangrarme de amor en tu seno!

VII

Di ¿recuerdas cuando tan juntos vagamos
que de nuestros cuerpos uno sólo hicimos,
y en el mismo lecho juntos nos dormimos
y en la misma copa nuestra sed saciamos?

Vivimos unidos como dos racimos
que enredados cuelgan de los mismos ramos...
A fuerza de besos junto maduramos
y en las mismas penas vendimiados fuimos!!

Juntas se secaron tu ropa y la mía...
Y hoy, si nos hallamos en la misma vía,
sin que nuestras ropas siquiera se rocen,

pasamos de largo, sin decirnos nada,
sin una sonrisa, sin una mirada,
como dos extraños que no se conocen!

VIII

En el rojo fondo del mantón de seda
que en sus l'amaradas enciende el tesoro
de ese cuerpo donde mi ilusión se enreda
y cuyas piedades sollozante imploro,

y arde y se consume toda una arboleda
de irrisados pájaros y rosas de oro...
Atada a sus flecos mi vida se queda,
y en cada uno de ellos mis tristezas lloro!...

¡Ay, que me amortajen cuando yo sucumba
con tu luminoso mantón de la China,
porqué así a lo menos llevaré a la tumba,

para recordarte en mi eterna pena,
ese olor a albahaca, nardo y clavelina
que al danzar exhala tu carne morena!

FRANCISCO VILLAESPESA.

Leyenda Jonia

XANTULA era la más suave de las hijas de aquella época. No era bella, no tenía en su cara la clásica línea que eterniza el tipo perfecto de la belleza humana. Delgada, la blancura de sus carnes, la dulce languidez de sus ojos (dulces flores del crepúsculo) la rodeaban de deseo, la hacían igual a la postrera luz del día, de la que nunca se sacia el alma.

Era admirada y amada, así como se aman los ángeles y los niños, y se imponía por su sonrisa dulce y severa. Era tan fina y graciosa, y parecía hallarse tan lejos de este mundo, que se le podía creer una reina inviolable, puesta allí por el destino, en aquellas tierras desiertas, adonde nacen los neñufares sobre las aguas que reflejan al sol y a las estrellas.

Pero un día vio pasar a Yoamis, el joven taciturno, la segur centellante al hombro. Pasó por el blanco camino, solo, como solía ir siempre, la cabeza descubierta, con espesos cabellos rizados, cabizbajo. Fué hacia la selva, velada aún por la niebla que se desprende de los pantanos cuando el sol muere. Ella lo vio desaparecer en el largo camino, y aquel día guardó en su mente un amoroso pensamiento para aquel ser hermoso que pasó cerca de ella, vagamente, como los duendes en las oscuras noches de la leyenda. Por la tarde, lo aguardó a la puerta de su rústica casa. Su corazón latía fuertemente.

Yoamis lentamente se le aproximó. ¿Quieres escucharme?

Xántula, muda, casi inconsciente, se acercó. — Eres bella, continuó Yoamis, tan bella que tendría que ofrecerte reinos, cuando sólo puedo ofrecerte mi pobreza y mi amor. Te quiero. Te quiero tanto que arrostraría la muerte por ti, Te pido seas sincera con migo, para conocer tus sentimientos.

Ella no contestó, mirándolo en los ojos. — No tengo más que una pequeña casa, y fea aún. — No importa. — Soy el más pobre de la landa.

—Es suficiente.

Entonces, Yoamis levantó los ojos al cielo, e hizo el antiguo juramento del rito. — “Por el alma de Dios, por mis muertos más santos, juro vivir y morir por tí, serte fiel como el árbol a la tierra, como el sol al cielo.”

Xántula escuchó la voz ardiente y sincera de Yoamis, y se abandonó sobre su corazón.

Y dijo la madre. — Tenedla como el olivo sagrado. — Filippos el padre, díjole. — Mi casa queda sin ángel protector. Es justo que así sea porque Xántula así lo quiere. — Pero ¡ay de tí! si debe llorar por culpa tuya. Yoamis contestó: Padre, he jurado y mi juramento es santo.

Tenía Xántula un traje veraniego, el que solían llevar las jóvenes desposadas, y un pañuelo blanco sobre los cabellos.

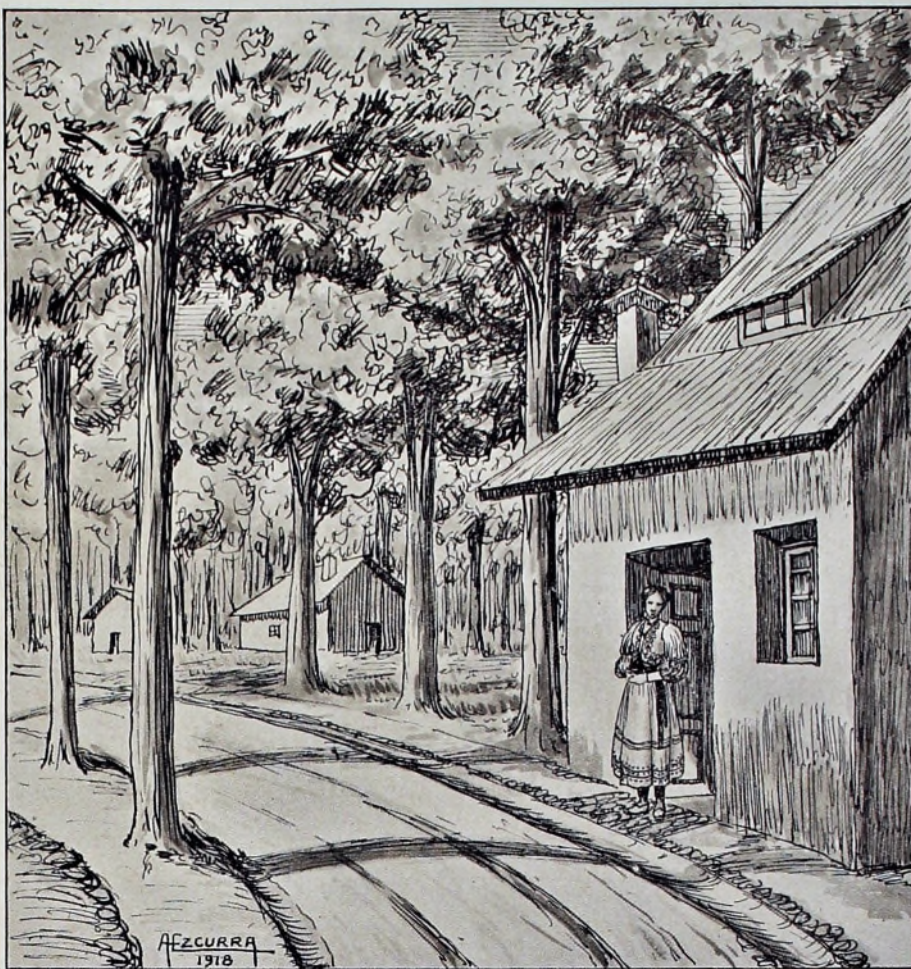
Estaba algo triste.

Cuando fueron por el camino, se volvió para mirar a su pequeña cabaña y apretóse más al brazo de Yoamis. — Anoche he oído a las grullas. — Hacía tanto tiempo que no pasaban. — Formaban dos líneas negras y madre dijo: — Ahí van los pájaros del sueño. — ¿Por qué del sueño? — Porque traen un mal... que no recuerdo. — ¿Crees tú eso? — Sí.

Yoamis movió la cabeza. Y continuaron en silencio el camino arenoso hacia el bosque.

—Aquí está nuestra casa...

Xántula levantó los ojos para mirar. — Apareció blanca entre los grandes pinos rugosos, una casita con dos pequeñas ventanas y una puerta gris. — La casa estaba



lejos de las demás, perdida en el corazón de la selva.

—Ahora eres su dueña, exclamó Yoamis, cuando entraron.

Ella sonrió y dijo: — Estoy cansada, ayúdame.

Luego su blanca garganta tembló suavemente en una breve risa que murió en la boca de Yoamis, ávido de amor.

¡Xántula! — gritó Yoamis. — El regresaba del trabajo. Escuchó un instante, pero la puerta no se abrió, y Xántula no apareció como todas las tardes a festejar su vuelta. Empujó la puerta y entró. No vio a nadie en la semiobscuridad, y se adelantó a tientas hacia la mesa, en la que depositó la segur.

Al darse vuelta vio a Xántula sobre el lecho. Se le acercó y la llamó dulcemente. Ella no contestó. Dormía como una joven virgen, pálida, tranquila y sonriente. El cabello se le había dispuesto alrededor de su cara, como una corona.

Yoamis no quiso despertarla, cenaría solo, esperando que acabara su sueño tranquilo. Pasaron las horas pero tampoco Xántula despertó.

Dormía, sonriente, perdida en el oculto maleficio. Pasaron los días, y nada hizo que Xántula despertara. Militza, la vieja del mar, dijo: — El bosque es terrible, Yoamis. Está lleno de secretos. Y prometió traer un hombre, que supiera acabar con el maleficio. Una noche llegó Diattros, el brujo.

Yoamis fué a su encuentro.

—¿Quieres verla? — Sí, contestó Diattros. — Hijo mío, hay un sólo remedio. — ¿Cuál?, ansioso preguntó Yoamis. — Tú sabes y no sabes... tu conoces y no conoces... podrías ser tú el involuntario causante del mal. — ¡Yo! — Sí, ella ha nacido para otras tierras, aquí crece la planta del

sueño. — Pero con los pinos de la landa, podrás hacer la prueba.

La muchedumbre al enterarse, cantaba:

Alma de los trigos, señor de las sonrisas
Tú que mueves el mar, y alumbras la tierra
Que levantas las llamas y conduces la muerte
Ten piedad de su amor.

Iba Yoamis, llevando en sus fuertes brazos a su pequeña dormida. — La habían vestido de bermejo, como el día de la boda; y la habían puesto alrededor de la cabeza, las flores de los conjuros.

Escúchanos, tú que la hicistes dormir
Mientras tejía su lino, mientras cantaba su amor
Ten piedad.

Sobre la arena levantábase una enorme pira. — Filippos se adelantó llorando y dió fuego a la leña.

La muchedumbre se dispuso alrededor de la pira. Xántula fué puesta en el suelo, con las manos cruzadas. Filippos y Yoamis la miraban fijamente. De pronto Xántula se animó, una de sus manos hizo un leve gesto. Luego, un brazo se levantó, sus ojos y su boca se abrieron. — ¿Dónde estoy? — preguntó.

Miró fijamente alrededor, tembló toda, y su cabeza se abandonó sobre el pecho de Yoamis.

Había muerto.

Entonces aconteció lo que los viejos pastores cuentan aún.

Yoamis tomó a su esposa muerta, en los brazos, se volvió hacia Filippos gritando: — Padre, mi juramento es sagrado. — Mira.

Fijó su vista en la pira, dió unos pasos atrás y de un salto desapareció en las llamas.

Los hombres de alma generosa, cuentan aún a los jóvenes esta historia o leyenda, para exaltar el amor, la esencia más pura de la vida.

A. R.

Dibujo de A. Escurra

El peinado y la moda



La época actual, se ha sindicado, con respecto a las modas, por una absoluta desorientación en todo cuanto se refiera a norma definida. Tanto los trajes, como el calzado, como el sombrero, cuyos aditamentos son indispensables para que adquiera mayor realce la belleza femenina, no tienen hasta ahora una guía indicada, pues ni los grandes modistos, ni los creadores de muchos de esos accesorios que forman parte vital de la toilette dan al mercado una producción encuadrada dentro de determinados padrones.

A esa variedad de modelos, contribuye sin duda alguna poderosamente (y hasta podríamos asegurar que es el motivo primordial) la guerra que se desarrolla en Europa, la cual como a todas las otras ramas de las artes y las industrias que no son bélicas, ha restado energías o ha detenido bruscamente en su camino.

Lo que pasa con sombreros y vestidos, sucede igualmente con los peinados. En las fiestas celebradas últimamente se pudo ver la variedad de "coiffures" que lucían nuestras damas y niñas, lo que desde luego, si a alguna le prestaba encantos, a otras en cambio se los amenguaba, debido quizá al poco estudio que de sus características había hecho la interesada.

Deseando nosotros dar a nuestras favorecedoras una pauta para sus peinados, o por lo menos una opinión autorizada, acerca de la corriente que en el extranjero sigue la moda, nos dirigimos con ese objeto al reputado especialista señor José M. Bonacera, cuyo consultorio de higiene de la "beauté" es frecuentado por nuestra mejor sociedad y goza de merecida confianza.

El señor Bonacera, en conocimiento del objeto de la interview, se puso gentilmente a nuestra disposición, y así lo interrogamos:

— Nosotros deseáramos dar en SELECTA algunos datos sobre el peinado actual, que fueran de utilidad para las lectoras.

— Tendré mucho gusto en ello. El peinado se lleva ahora sumamente sencillo. Han desaparecido de él las pesadas vinchas que antes se utilizaban y — en el de soirée — tampoco se lleva ya, salvo raras excepciones, ni el "aigrette" ni el paraíso.

— ¿De modo que todas aquellas complicadas trenzas y bucles, han desaparecido?



El estilo griego perfectamente caracterizado



Un espléndido modelo para soirée.
Sencillo y severo



Lo que nos dice un reputado especialista



— Casi completamente. Hasta las ondulaciones profundas han sido sustituidas por ligeras y huecas ondas.

— ¿Y cuál es el estilo más en boga?

— Sin duda alguna, el griego, con el moño colocado un poco más arriba de la nuca. Es el preferido porque anima el semblante, dándole una apariencia juvenil.

— Pero no será beneficioso para todas ¿verdad?

— No hay moda, ni uso, ni estilo, por bello que sea, cuyos beneficios alcancen a todos por igual. El estilo griego del peinado, sentará mejor a la mujer cuya silueta sea fina. La nariz y la frente también influyen en la estética general, siendo preferible que la frente sea un poco estrecha.

— ¿Y adornos?

— Para paseo o visita ninguno. Con traje de baile puede adicionársele un hilito de perlas o alguna alhajita, pero sobre todo — como ya he dicho — nada de cargazonas ni diademas.

— ¿Y precisa algún cuidado?

— Ninguno. Únicamente debe tratarse de que el rostro sea todo lo agradable que puede desearse, porque como ese peinado va estirado hacia atrás, lo deja completamente descubierto, resaltando en esa forma, cualquier imperfección de la tez. Conviene por lo tanto, cuidar las mejillas, las orejas, la boca y la nuca, así como el perfilar las cejas, para que el óvalo de la cara se perfeccione.

— ¿Algo más que pueda decirnos?

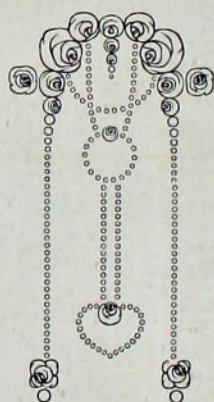
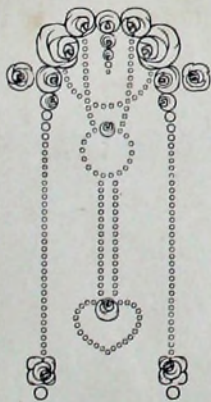
— Nada por ahora, pero estoy a las órdenes de ustedes para cualquier otra consulta que deseen sobre belleza femenina.

— Porque lo consideramos autoridad en la materia hemos venido a verlo y suponemos que los interesantes detalles que nos ha proporcionado, serán utilizados debidamente por las damas que nos lean.

— Si lo desea, puedo ofrecerles algunos grabados que indican con mayor claridad, las consideraciones que acabo de exponerle.

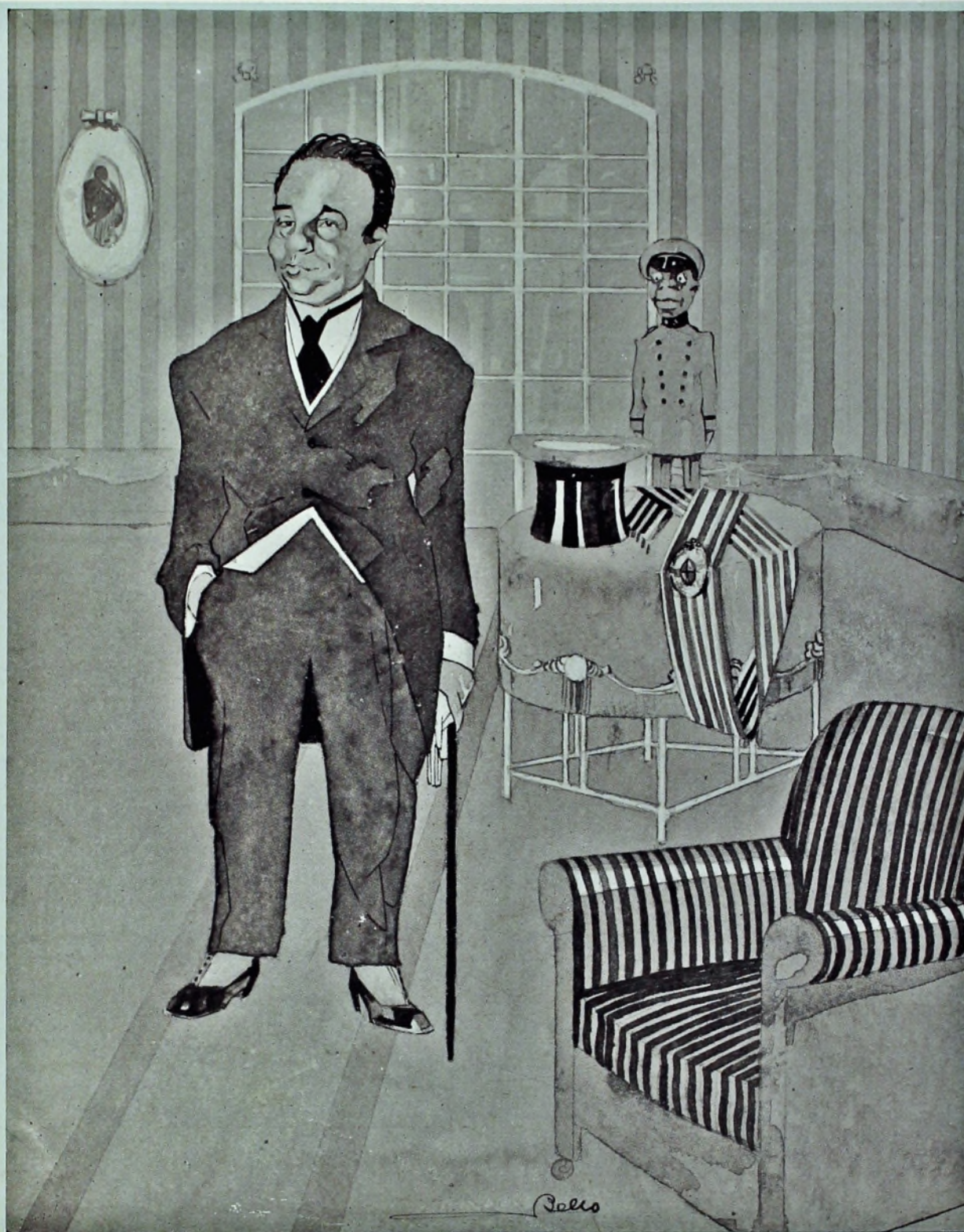
— Agradecidos de antemano.

Y el señor Bonacera nos proporcionó gentilmente los tres modelos que reproducimos. En el de abajo, puede verse el efecto de un adorno pesado; en los otros dos, prima la sencillez, dando una sensación clara y agradable de juvenil belleza.



Este modelo no está en absoluto desechado, pero no es el que debe preferirse.

Tiene adornos pesados, hoy poco preferidos pues el macizo del peinado relega a un segundo término la belleza del rostro.



L'enfant gâté

Caricatura de
Luis Bello

LA madera, el marfil, las piedras preciosas, el bronce y la plata y el oro se han usado desde los tiempos más remotos en la construcción y decorado de los muebles. La clase de muebles requeridos para el mobiliario ha variado de acuerdo con los cambios en las maneras y costumbres de los pueblos como también con la variedad del material al alcance del obrero en los diversos climas y países del mundo. De los verdaderos mobiliarios antiguos sólo quedan ahora muy pocos ejemplares, debiéndose ello en parte principalísima a lo difícil de su conservación a través del tiempo, y a que, apesar del esplendor de Egipto; del gusto refinado de Grecia, y de la fastuosa vida en la Roma milenaria, el número de los muebles usados era muy limitado.

La silla, el sofá, la mesa y la cama formaron el mobiliario completo de entonces, a pesar del grado de civilización alcanzado, hasta que terminó en Europa el periodo llamado de la edad media.

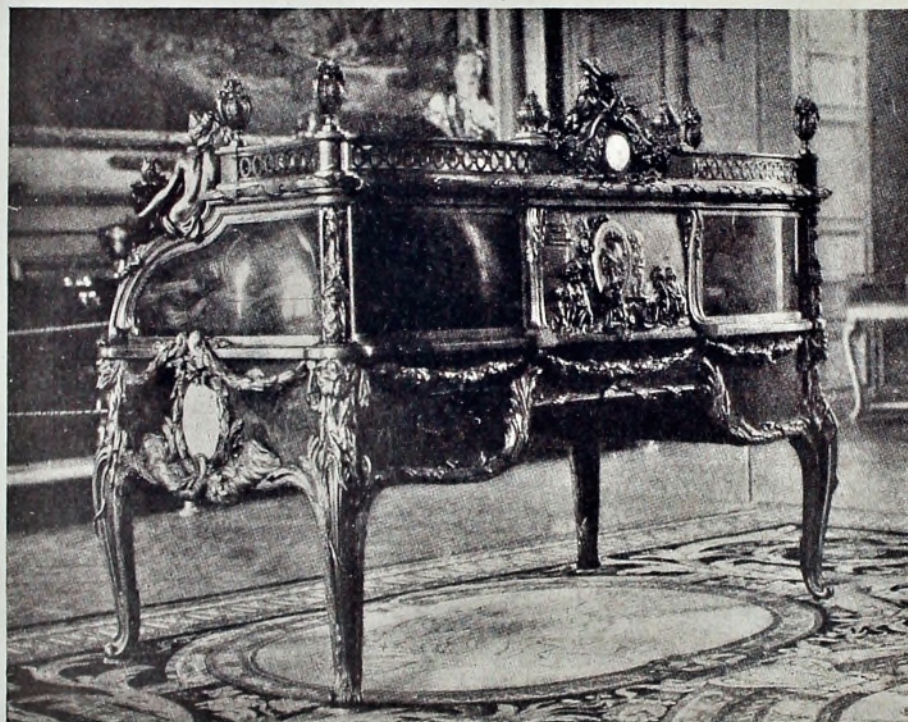
Los Egipcios usaron muebles de madera tallada y dorada, cubiertos con espléndidos textiles, con patas imitando las de los animales; ellos empleaban cajones y cofres para guardar sus ropas.

El lecho de Salomón era de cedro del Líbano. Los amueblados griegos eran de forma oriental; la más suntuosa variedad era de bronce, incrustados con oro y plata. Los romanos empleaban trabajadores y artistas griegos y tomaron por modelo los muebles de éstos, especialmente para las sillas y sofás. Las mesas romanas eran de magníficos mármoles o maderas rarisimas. En las postrimerías del imperio en Roma y después en Constantinopla, el oro y la plata se usaron con profusión en los amueblados; por esos tiempos fué tanta la abundancia de esos metales que con ellos se hacían hasta los utensilios de uso doméstico y de cocina.

En los tronos bizantinos y romanos fué donde



Canapé, Butacas y Artesonado (Petit Trianon)



El "Escritorio del Rey" fabricado para Luis XV, ahora existente en el Louvre

los artistas medioevales se inspiraron para idear sus muebles. La mayoría de los muebles medioevales: cajones, asientos, bandejas, etc., de manufactura italiana estaban ricamente pintados y dorados.

Luego el Renacimiento hizo sentir su influencia en la construcción del mobiliario. En Florencia, Roma, Venecia, Milán y otras capitales de Italia, suntuosos muebles fueron contruidos por orden de los principes nativos. Durante el primer periodo del Renacimiento se usó en los muebles de lujo el ágata, lapis lazuli, marfil y otras piedras, así como el tallado y el dorado y la marquetería. Para las figuras del tallado los artistas se inspiraron en la mitología clásica, en las estaciones y en los meses, así como también en las virtudes teologales y cardinales.

El siglo 18 fué el periodo más brillante para la construcción de muebles.

Durante las tres cuartas partes del periodo entre la ascensión de Jaime I de Inglaterra y la

de la reina Anna, los muebles se distinguieron por su construcción maciza y sólida. Sin embargo, durante el reinado de Jaime II se llegó a los estilos más artísticos y elegantes conocidos en Inglaterra. Casi una generación antes, Boulle en Francia, trabaja el espléndido método de inscrustación, que aunque no inventado por él está muy asociado a su nombre. El estilo "Queen Anne" y el que imperó durante el reinado de Jorge I es reconocido encantador. La regencia y los reinados de Luis XV y XVI en Francia formó el periodo del más grande esplendor artístico.

Los estilos franceses de este siglo, que empezaron con excesiva extravagancia terminaron antes de la revolución con detalles tan perfectos y elegantes, que es quizá, lo mejor que se ha hecho en muebles. En los trabajos de Riesner, David Röntgen, Gouthiere, Oeben y Rousseau de la Rottière, los grandes artistas de la época que luego Napoleón desdeñó, tenemos el mayor

exponente de este arte. La marquetería aunque no siempre bella, fué ejecutada con extraordinaria delicadeza y perfección.

El Directorio y la Revolución que instauró la República en Francia marcan dos periodos de inacción en la búsqueda de la belleza estética; por eso los muebles que se construyeron entonces no tuvieron luego la aceptación de los estilos clásicos que han de perdurar siempre.

Los periodos de grandeza son seguidos siempre por otros de decadencia y así fué que vino el estilo Imperio falto de gracia y de la soberbia ejecución del estilo precedente. Estilo pesado y sin inspiración fué engendrado en la tragedia para perecer entre el desastre; sin embargo, es un estilo interesante por la razón de las raíces clásicas de las cuales deriva.

Hasta mediados del siglo XVIII el único fabricante de muebles que consiguió reputación personal para que su nombre perdurara, fué André Charles Boulle: empezando con ese periodo Francia e Inglaterra produjeron muchos hombres de renombre en esta rama del arte.

Con Chippendale nació la brillante escuela de los muebles ingleses; en la cual sobresalen los nombres de Sherraton, Heppelwhite, Shaker y los Adams. Pero si el arte de ellos fué bueno, por desgracia duró poco, ya que en el siglo XIX no habían podido ser sustituidos por otros de su misma talla.



Silla poltrona (Hôtel de Beauharnais)

- LA CAMARGO -



EN los libros del amenísimo Arsenio Houssaye y en la interesante "Correspondencia" de Diderot con Grimm hallamos abundantes noticias relativas a María Ana Camargo, la bailarina más célebre de la Gran Opera, de París, en el siglo XVIII.

Aunque nacida en Bruselas, por las venas de la Camargo corría sangre española, y la pequeñez de sus manos, la finura de sus torsos y la brevedad de sus pies, decían claramente la distinción de su raza, familia noble que había dado a la Iglesia arzobispos y cardenales. En los varios retratos que de ella hizo Nicolás Lancret, el único pintor que ha rivalizado con Watteau en frivolidad y elegancia, la Camargo aparece en la plenitud deslumbradora de su gracia.

En el óvalo nacarino, ligeramente carnoso, del rostro, los grandes ojos italianos llamaban tempestuosos y alegres; tenía la nariz respingueña y corta, voluntarioso el mento, la boquirrita breve y roja, como la herida de un florete; alrededor de la nieve de su frente sajona, los cabellos latinos, encrespados y negriscos, tejían un marco de ébano. Y luego, su cuerpo, admirable escultura, trepidante y flexible, donde se unían a las redondeces blanquísimas de Rubens, las impacientes nerviosidades goyescas.

Enamorada del apuesto conde de Melun, María Ana huyó de su casa, a los diez y ocho años, una noche, llena de perfumes y de estrellas, del mes de Mayo de 1728.

A partir de aquel momento, su vida fué un vértigo de oro y de glorias, una disipación sin freno, un perpetuo festín. Sus ruidosos éxitos de bailarina restaban gravedad a sus extravíos; el reflexivo "Mercurio de Francia" elogió su arte muchas veces; los poetas más notables de su época festejaron su belleza, y si algunos satirizaron sus locuras, lo hicieron suavemente; el mismo Voltaire, en el apogeo entonces de su autoridad y de su gloria, compuso en honor de María Ana y de Mademoiselle Saillé estos versos famosos:

Ah! Camargo que vous êtes brillante!
Mais que Saillé, grands dieux, est ravissante!
Que vos pas sont légers, que les siens sont dansants!
Elle est inimitable, et vous êtes nouvelles!
Les Nymphes sautent comme vous,
et les Graces dansent comme elle.

La Camargo, frívola, interesada, caprichosa, perversa, enamorada siempre de la belleza de la distinción y del dinero, es dentro de la sociedad, galante y artista, que formaron las fastuosidades del Rey-Sol y de Luis XV, su hijo, como un símbolo de carne rosa.

Fué aquel un período admirable de desafíos a primera sangre y de madrigales. Los lacayos gozaban de la confianza de sus señores, y en el gabinete de las damas principales los abates componían versos; en los bailes palatinos, las marquesas, utilizando los trenzados ceremoniosos del minué, se dejaban oprimir los dedos. Había, para todos los errores una inagotable tolerancia; el bizarro marqués de Firmarcon se escapaba por las noches, disfrazado de mujer, de la cárcel, adonde le llevó un sucio asunto de intereses, para ir a los bastidores de la Opera; otro noble remitía a la bailarina señorita Pélissier 20.000 francos en un billete, donde le declaraba su amor, y el mismo venerable cardenal de Fleury, sonreía bonachón y se encogía de hombros ante las lamentaciones del modesto burgués que iba a pedirle justicia contra el raptor de su hija...

María Ana Camargo usó largamente de aquella libertad de costumbres. A su amor estuvieron ligadas las figuras más ilustres; el conde de Clermont, rico como un

príncipe oriental; el valiente Martelle, muerto en el campo de batalla; el marqués de Lourdís, pendero y libertino; y vió a sus pies

noche de locura, ella y otras dos célebres bellezas de la Opera presentaron el "Juicio de París". El tiempo, entre tanto, continua-



Señora Dolores Picardi de Caprile

De brillante posición social, con un nombre que es representación elocuente, de cultura y virtudes, la señora Picardi de Caprile es una alta expresión de bondad y distinción en un hogar que atrae todas las simpatías. — Una ascendencia ilustre puede ostentar orgullosa la dama cuyo retrato engalana hoy esta página. — Y a través del tiempo los prestigios del apellido se han conservado y acentuado

para llegar a la dignísima matrona que hoy es, de ese blasón de honorabilidad, celosa guardadora.

a Vitry, a quien llamaban el "hermoso pastor", y al caballero de Rieux, de belleza apolina, y al brillante duque de Richelieu, seductor irresistible, cuyos tacones colorados habían pasado por todos los boudoirs nobles de la Corte, y conoció también al veterano Gruet y al músico Royer, ante quienes, una

ba su obra desvadora; pasaron los años, muchos, cerca de cuarenta, y una mañana la Camargo lloró ante el espejo viendo que sus mejillas habían perdido su frescura, que sus ojos no tenían brillo y que eran grises sus cabellos. Entonces, majestuosa y triste, como una reina que abdica, pidió su retiro, que Luis

XV le otorgó con una pensión vitalicia de 1.500 libras. Abandonada por sus adoradores, y olvidada del público, María Ana se refugió en su hotel de la calle de San Honorato, donde vivió varios años entregada a sus cacañas, a sus perros y a sus gatos; aquellos serían sus últimos amantes, los más felices.

Y ya la Camargo era muy viejecita, ya parecía que todo a su alrededor había concluido, cuando el buen dios Azar vino a consolarla permitiéndola dar al mundo un adiós romántico, de inmensa ternura, que fué como violeta humilde entre el manojito de calientes claveles de su vida.

Cierta tarde, la antigua bailarina recibió la visita de un señor anciano que dijo llamarse Mateo Breuil. Frisaba en los sesenta años, vestía de negro y era hombre enjuto de carnes y de ademanes ceremoniosos y pausados. En su semblante, cruelmente arrugado por las emociones, había tristeza y duizura.

Al ver a María Ana, que le observaba atenta, el desconocido se inclinó respetuoso.

— Ya sé, señorita — dijo — que mi nombre no despierta en usted ningún recuerdo...

— En efecto...

— No me extraña: Yo nunca he sido presentado a usted; no me he atrevido a tanto; sus ojos, sus grandes ojos, que un tiempo fueron alegría de Francia, me hubiesen anonadado...

Muy sorprendida, la Camargo repuso:

— ¿Y bien? No comprendo...

El señor Breuil continuó:

— Usted estaba muy lejos de mí, porque volaba muy alto; los hombres más ricos, los más célebres, los más nobles, solicitaban su amor, y yo, que lloraba por usted desde mi plebeyo asiento de "paraíso" era pobre y vulgar. ¿Cómo alcanzarla?... Pero los años han pasado, y con ellos los brillantes cortejadores que usted tuvo se fueron; ahora se halla usted sola, y por lo mismo, tal vez, un poco triste. Y yo María Ana, que la quiero a usted con un amor inextinguible, que se impone a la fealdad y a la vejez, yo, que he conquistado una fortuna y permanezco soltero porque de todas las mujeres que he conocido me separaba la imagen de usted y la seguridad de que algún día seríamos el uno del otro, vengo a ofrecerla a usted mi libertad. Nos casaremos, si usted quiere. Mi mano es esta...

Hablando así, el señor Breuil, los ojos arrasados en lágrimas, se había hincado de rodillas. La escena era demasiado tierna para no interesar al corazón artista de la Camargo, y sus manos trémulas estrecharon cordialmente las viejas manos de su adorador.

— No — dijo, — casados, no; ¿para qué? La edad de las pasiones está ya lejos. Seremos amigos, nada más que amigos...

Y el señor Breuil repuso:

— Lo que usted quiera.

Todas las noches se reunían, y charlando de sus lejanas; moedades pasaron horas muy bellas. El concluyó por instalarse en el piso segundo del hotel de María Ana. Nunca salían a la calle. Por las noches rezaban, jugaban al ajedrez, leían novelas y componían música. Y era dulce, con dulzura inexpressable, el ocase de aquellos dos ancianitos que ante la proximidad de la Nada juntaban la nieve de sus cabezas.

Murió María Ana Camargo el día 29 de Abril de 1770, y su cuerpo, vestido de blanco, reposa en la iglesia de San Roque. Cerró sus ojos el señor Breuil, el único de sus amados que no conoció la miel de sus besos.



Las familias patricias



Doña Nicolasa Anaya de Donado



Casa fundada por Don Carlos Anaya



Carlota Donado y Anaya

Constituyente D. Carlos Anaya

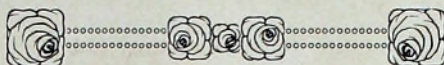
ENTRE los patriotas que se han destacado como figuras históricas de la patria, durante el tiempo en que el proceso de nuestra nacionalidad en formación, imponía el uso de todas las cívicas energías al servicio de la causa oriental, merece figurar en primera línea, por sus condiciones invalorable de recto ciudadano y denodado patriota, que dió a la República todas las fuerzas de su brazo y todo el heroísmo de su condición noble y caballeresca, don Carlos Anaya, fundador de una familia respetable y prestigiosa, que goza de verdadero respeto y simpatía en nuestra sociedad.

Surgió don Carlos Anaya a la vida pública, cuando aún lo que había de ser más tarde República Oriental del Uruguay, no era más que una tierra disputada por poderíos extranjeros; cuando no bastaban los esfuerzos de un denodado grupo de bravos luchadores, para imponer un derecho de sangre y de justicia, sobre una razón de fuerza; cuando nuestra nacionalidad era aún una nebulosa, que habían de convertir en imperecedera claridad, los vehementes deseos de don José Gervasio Artigas y de sus compañeros de armas. Fué durante esa lucha larga y llena de sacrificios que precedió a nuestra independencia, cuando don Carlos Anaya comenzó a figurar en diversos cargos públicos hasta culminar su actuación siendo uno de los constituyentes que en 1830 consagraron con su juramento nuestra magna carta nacional.

En el año 1804, nació su primera hija doña Tiburcia Cristina Anaya; en 1807 la segunda que se llamó María Josefa y en 1809 la tercera, bautizada con el nombre de Nicolasa Catalina, la cual casóse con el Teniente Coronel Esteban Donado, que tuvo lucida actuación en la batalla de Ituzaingó.

El señor Anaya, cuya figuración en la vida política del Uruguay es intensa y múltiple, fué de aquellos ciudadanos a quienes la patria está agradecida, porque supieron poner al servicio de una causa noble y santa todas sus viriles energías y toda la grandeza de un corazón y un cerebro que miraban como bien propio, el bien de la tierra en que habían nacido.

He aquí, además, una somera relación de los destinos desempeñados por el citado patriota, cuyo apellido es aún blasón de aquella caballerosidad de que hacían gala los nobles y heroicos paladines:



María Anaya, hija de Carlos Anaya



Tiburcia Anaya, hija de Carlos Anaya

Año 1811. Ayudante Mayor en servicio activo, durante el asedio de esta plaza, a la inmediata orden del General don José Gervasio Artigas.

Año 1814. Alcalde principal del Cuartel de Extramuros de Miguelete y Pantanoso por el Gobierno de la República Argentina.

Año 1815. Capitán Comandante de la 1.^a Compañía del 2.^o Piquete de milicias a caballo de extramuros, al mando del coronel don Manuel Artigas.

Año 1815. Diputado elector por extramuros para la creación del Cabildo de Gobierno de 1816, en la Provincia Oriental, cuyo diploma figura en el Archivo General de la Nación.

Año 1825. Comisario General de Guerra nombrado por el Gobierno Provisorio de la Provincia Oriental y Administrador General de Rentas y Tesorero General Interno de la Provincia.

En el mismo año fué, además, representante en la 1.^a Legislatura Provincial por el departamento de Maldonado, para declarar su independencia del entonces Imperio del Brasil; su incorporación a la Argentina; nombramiento de Gobernador y Capitán General y legisladores.

Año 1826. Ministro Secretario de Gobierno y Hacienda, y Gobernador Sustituto de la Provincia Oriental.

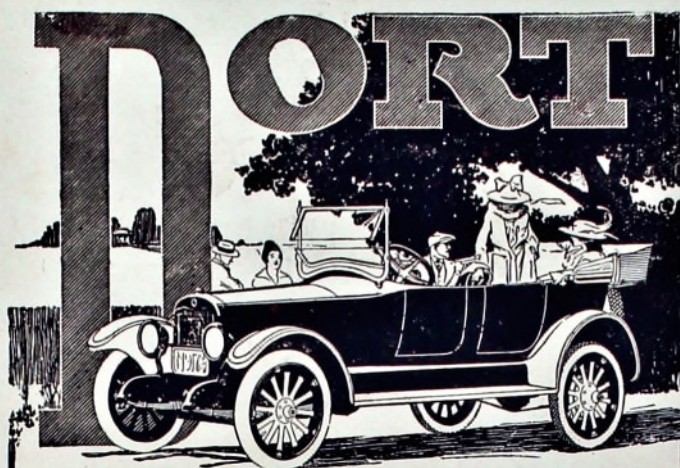
Año 1827. Juez de 1.^a Instancia de los departamentos de Maldonado y Cerro Largo para la nueva organización de justicia.

Año 1828. Ministro de la Cámara de Apelaciones de la Provincia Oriental y Comisario General de Guerra del Estado Oriental del Uruguay.

Año 1830. Miembro de la Asamblea Constituyente.

Además el señor Anaya, fué honrado con varias comisiones importantes de servicio público, por los distintos gobiernos que rigieron la patria en vida de este preclaro ciudadano que prestó tan invalorable servicios a la nación, durante ese lapso de tiempo.

He aquí porque, ante muy atendibles razones de justicia, nos complacemos en dejar constancia de los méritos de este ciudadano, cuyo recuerdo será imborrable en los anales de nuestra democracia. Los retratos que integran esta página, nos han sido cedidos gentilmente por su actual poseedora la señora Magdalena Donado de Anaya.



Fuerte, liviano, económico, elegante y de fácil manejo es el automóvil

"DORT"

Especial para la campaña.



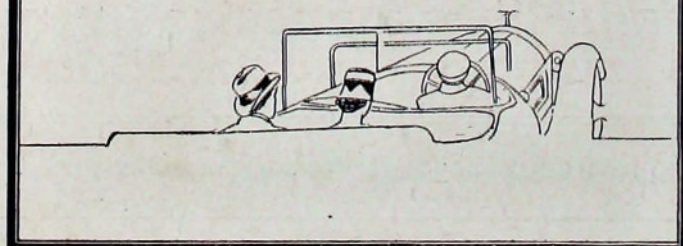
DORT MOTOR CAR COMPANY, Flint, Michigan

HORACIO ELLIS & C^{IA} - 340, 25 de Mayo, 344



La cubierta
preferida en INGLATERRA

por su calidad y duración.

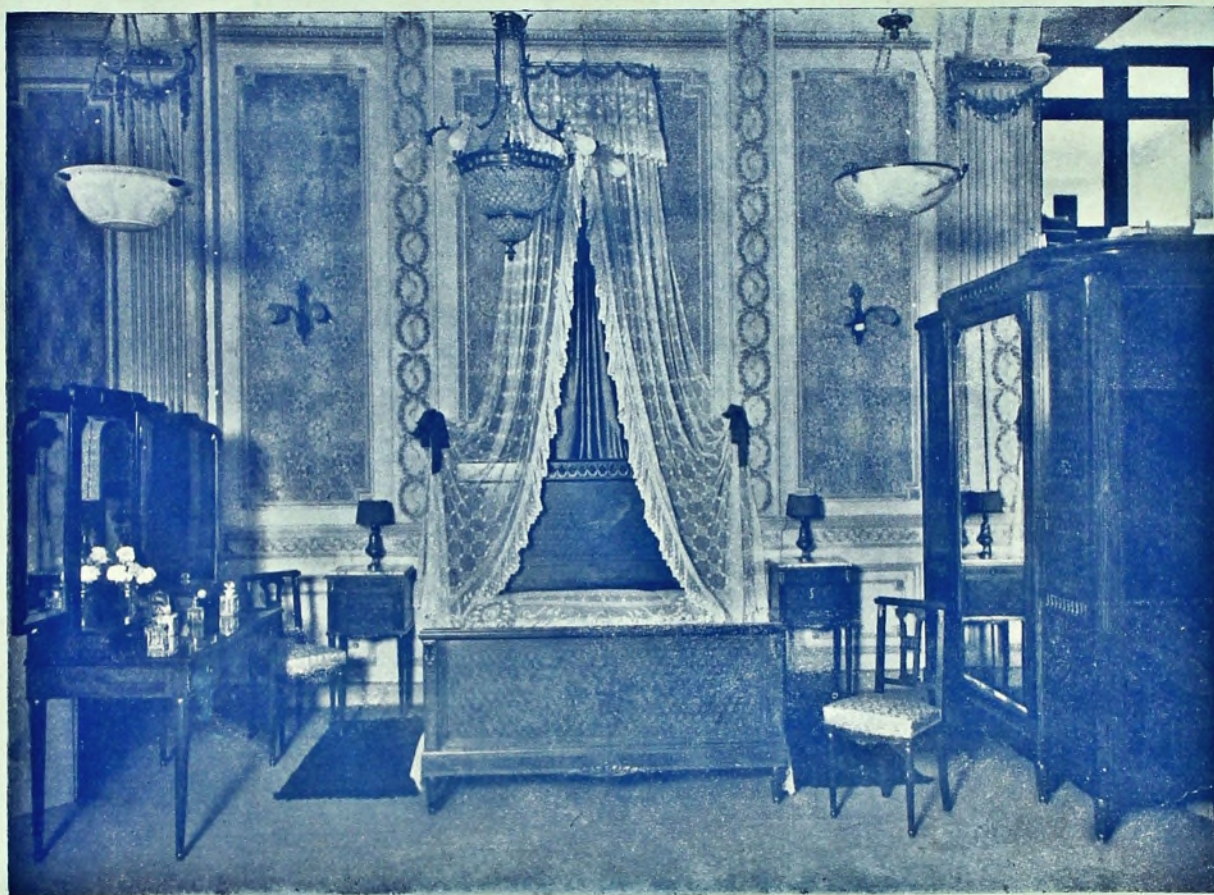


Mueblería Caviglia

25 DE MAYO, 569



El más vasto y completo surtido que existe en Montevideo
en Muebles Artísticos, Tapicerías,
Alfombras de Oriente y Axminster, Artefactos para luz eléctrica.



Casa que presenta únicamente novedades y que se jacta de ofrecerlas al
público montevideano al mismo tiempo
que las grandes casas de París o Londres

**Entrada libre a nuestros grandes
salones de exhibición**

Remisión gratuita de catálogos, proyectos, muestras y listas de precios.